

NEWMANIANA

AÑO XXV - NÚMERO 64

ABRIL 2015

Beato John Henry Newman

25

ANIVERSARIO

1990-2015

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XXV- N° 64
Abril 2015

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - (1640) Martínez
Pcia. Buenos Aires-República Argentina
www.amigosdenewman.com.ar
amigosdenewman@gmail.com
cavallerfm@gmail.com

EDITORIAL

- 25° Aniversario de la Asociación Amigos de Newman en la Argentina y de nuestra revista NEWMANIANA 2
- Suplemento especial a color (doble página central)

SERMONES

- Las privaciones de Cristo: una meditación para los cristianos..... 8
- La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia..... 15

ARTÍCULOS

- Newman: analogía, imagen y realidad (Ian Ker) 22
- "Cor ad cor loquitur": La nueva evangelización (Fernando M. Cavaller)..... 38

POESÍA

- The Greek Fathers..... 42

CARTAS

- Newman a Mozley (II) 44

ORACIÓN PARA PEDIR LA CANONIZACIÓN

Padre eterno, Tú llevaste al Beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de tu Verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.

Confiados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención: [pedir aquí la gracia].

Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

25° aniversario de la Asociación Amigos de Newman en la Argentina y de nuestra revista "NEWMANIANA"

Los aniversarios son ocasiones de celebrar los acontecimientos originales, sean los de nuestra vida personal, familiar, social, o eclesial. Son días de acción de gracias a Dios en cualquiera de estos ámbitos de vida. La Iglesia, en su liturgia, celebra aniversarios que tienen que ver con la obra salvífica de Cristo, con la vida de los santos, y con la historia misma de la Iglesia. Se trata, en efecto, de una constatación histórica de la acción de Dios en el tiempo. Y cuanto más importante es el aniversario en su distancia del hecho original, más se vive cómo la providencia divina ha mantenido su amorosa protección. En estas ocasiones experimentamos una suerte de asombro ante la permanencia de lo que alguna vez se emprendió, y que sigue vigente, que no se ha muerto. Y este asombro incluye siempre la consideración de las dificultades vividas, que a cada paso podrían haber hecho caducar el impulso inicial. La continuidad es siempre un signo manifiesto de fidelidad, es decir, de fe y esperanza en el amor, sobre todo si lo que perdura es una obra que ha surgido de nuestra identidad cristiana, de nuestra pertenencia a la Iglesia de Cristo, y se puede comprobar que en definitiva ha sido Él quien nos ha inspirado al comienzo y nos acompañado en el camino hasta hoy. Esto causa una profunda alegría y consuelo al darnos cuenta que no ha sido sólo obra nuestra sino Suya.

Todo esto, y mucho más, podríamos decir de nuestra **Asociación Amigos de Newman**, agregando, sin duda, la figura misma del Beato Cardenal, que está con nosotros desde el comienzo, y sigue iluminándonos con su vida y sus escritos. En verdad han sido 25 años de "amistad verdadera", cercana, Cor ad Cor, con él y entre nosotros. Con su larga vida de desarrollo y continuidad, nos ha alentado siempre a continuar.

Damos gracias por este don y por haber podido responder con nuestro trabajo. Al considerar la fundación de la Asociación, el 27 de septiembre de 1990, año del centenario de la muerte de Newman, y contemplar tantos encuentros, conferencias y retiros con Newman, y ver que hemos podido llegar al número 64 de nuestra "NEWMANIANA", todo ello converge hacia la certeza de que aquí ha estado activa la mano de Dios, que en los tiempos que corren, tan rupturistas y confusos, donde poco parece permanecer mucho tiempo, podemos alegrarnos de participar casi de un milagro, incluso si pensamos en los medios materiales, siempre escasos, que hemos tenido para la obra.

Lo que pedimos con humildad al Señor, por intercesión del Beato John Henry Newman, es poder seguir adelante, precisamente porque hemos lle-



Acto académico por el Centenario de la muerte del cardenal John Henry Newman (27 de septiembre de 1990). De izquierda a derecha: el padre Fernando María Cavaller, S.E.R. monseñor Antonio Quarracino, arzobispo de Buenos Aires y la Dra. Inés de Cassagne.



gado hasta aquí, con esa ayuda divina y esa intercesión. Lo que no nos faltó antes, no faltará en el futuro.

Enviamos un saludo **Cor ad Cor** a todos los Amigos de Newman en la Argentina, con el compromiso de anunciarles cuándo y dónde serán las celebraciones de este año jubilar. Gracias por vuestra fidelidad y cooperación.

Mons. Dr. Fernando María Cavaller
Presidente de la Asociación

Como recordatorio de aquel acontecimiento fundacional, junto con algunas fotos, transcribimos la reseña del mismo, que salió publicada en el n° 1 de NEWMANIANA:

Al cumplirse los cien años desde la muerte del Cardenal John Henry Newman (11 de agosto de 1890), un grupo de estudiosos y seguidores encontró la ocasión esperada para poder celebrar públicamente en la Argentina a esta gran figura de la Iglesia. Desde 1945, año en que se recordó el centenario de su conversión al catolicismo, con publicaciones y artículos, poco o nada se ha hablado de él en nuestro medio, salvo las citas que se encuentran en libros de teología. Sin embargo, un argentino se convirtió en uno de los estudiosos más importantes de la obra newmaniana, entre los años 1950 y 1970: el R.P. Hugo María de Achaval, de la Compañía de Jesús, reconocido internacionalmente e incluido hasta hoy en las bibliografías sobre Newman. Aun así, la poca difusión que ha tenido los escritos del Cardenal en el mundo hispano-hablante, nos separa aún más de su pensamiento teológico.

Por todo esto, el mes de septiembre de 1990 va a marcar seguramente un hito importante. En el ámbito de la Universidad del Salvador, que generosamente nos cedió las instalaciones de su Auditorio San Ignacio de Loyola, pudimos reunirnos durante tres semanas en torno a la figura de Newman. Tres conferencias desarrollaron distintos aspectos de su pensamiento.

La primera, a cargo de la Dra. Inés de Cassagne, mostró a lo largo de su vida el desenvolvimiento de sus ideas, analizadas desde el aspecto literario de su obra: Newman fue sin duda una de las plumas más exquisitas de la lengua inglesa. Entre sus 80 volúmenes aparecen sus poesías y especialmente ese admirable poema “The Dream of Gerontius” (El sueño de un anciano”, con cuyo profundo análisis culminó esta primera disertación.

La segunda, a cargo del R.P. Agustín Costa OSB, nos presentó a Newman como el estudioso de los Santos Padres de la Iglesia, una relación insoslayable si queremos conocer a fondo su pensamiento teológico y el porqué de su conversión. Aquellos hombres de la primera Iglesia llevaron a Newman hasta Roma, en un lento y penoso, pero maravilloso, camino hacia la Verdad.

La tercera, a cargo del Pbro. Lic. Fernando María Cavaller, descubrió la actualidad de Newman desde sus principios teológicos, especialmente en su lucha contra el liberalismo religioso. Aquí pudo tomarse contacto con la cristología, eclesiología y escatología newmanianas.

En cuarto evento fue la solemne Misa que presidió S.E.R. Mons. Antonio Quarracino, Arzobispo de Buenos Aires, en cuya homilía nos habló de Newman como converso y hombre de Iglesia, y de su gran influencia hasta el presente.

Luego dio comienzo en el Auditorio el Acto académico, en el cual habló el padre Cavaller, se leyeron dos cartas recibidas desde Roma y Birmingham (que publicamos aparte), y con la firma de un pergamino quedó fundada la ASOCIACIÓN “AMIGOS DE NEWMAN” EN LA ARGENTINA, integrada de la siguiente manera:

Miembros de Honor: S.E.R. Mons. Antonio Quarracino, Arzobispo de Buenos Aires y Primado de la Argentina, recientemente creado Cardenal por SS Juan Pablo II. S.E.R. Mons Carlos Galán, nombrado recientemente Arzobispo de La Plata. R.P. Hugo María de Achaval SJ (lamentablemente fallecido tres meses después) Miembros fundadores: Pbro. Lic. Fernando María Cavaller, quien preside la Asociación. Dra. Inés de Cassagne

Sigue a continuación, en el pergamino, una extensa lista de firmas de personas que estaban presentes, y otras que adhirieron con posterioridad.

Finalmente Mons. Quarracino cerró el Acto con referencia a la importancia de que exista una Fundación que se ocupe de difundir el pensamiento del Cardenal Newman, pues de lo contrario pasaría como con tantas figuras relevantes del pensamiento cristiano, que quedan lamentablemente olvidadas o ignoradas.

El Acto terminó, como estaba anunciado, con un breve concierto de música sacra a cargo del coro “Vos Hominis”. Los asistentes pudieron llevar los dos discursos del papa Juan Pablo II que este año pronunció con motivo del Centenario, así como un folleto donde se explican los fines de esta Asociación, y unas estampas con una breve reseña de la vida de Newman, la poesía “Lead Kindly Light” y la Oración por la Beatificación.

Nuestra finalidad no es otra que difundir la enseñanza de Newman y promover la investigación sobre su vida y obra. Para lograr este fin:



1. Se organizarán conferencias como las que han inaugurado esta Fundación
2. Se harán publicaciones, que comienzan con la presente.
3. Celebraremos todos los años el 11 de agosto una Misa en conmemoración de la muerte de Newman.
4. Trataremos de ir traduciendo al castellano las obras que no lo estén.
5. Fomentaremos el interés por la causa de beatificación del Cardenal Newman.

Con esta Asociación nos hermanamos con las similares de Roma, Inglaterra, Austria y Jerusalén, que integran el International Centre of Newman Friends”, así como con “The Friends of Cardinal Newman” de Birmingham, con “Friends of Newman Association” de los Estados Unidos, y con “Japanese Newman Friends”. También es de especial interés la relación establecida con el Oratorio de Birmingham, que es como el verdadero centro newmaniano por excelencia.

Por todo lo que antecede, nos complace grandemente poder realizar esta primera publicación de “Amigos de Newman” en la Argentina, que esperamos seguir imprimiendo, y que hemos bautizado “NEWMANIANA”. Su contenido será:

- a. una sección de información, tomada de la recibida desde Roma, Birmingham, etc, y la nuestra propia relativa a las actividades que vayamos organizando.
- b. una sección dedicada a textos de Newman, entre los que aparecerá siempre un sermón, una poesía, una oración, y una breve antología de textos cortos sobre algún tema especial.
- c. un artículo sobre Newman, quedando aquí abierta la colaboración de distintas personas de nuestro medio. En los primeros dos números publicaremos las tres conferencias de 1990, y el tercero estará seguramente dedicado a la visita del R.P Louis Bouyer en septiembre de 1991, con sus conferencias.
- d. una sección de bibliografía de y sobre Newman, y recientes publicaciones en el mundo.

Confiamos finalmente que esta amistad con Newman nos enriquezca espiritualmente, guiándonos tras esa Luz que él siguió. Se alegraría Newman de encontrar “fellows” argentinos. Son los milagros que ocurren sólo en la vida de la Iglesia.

“La Iglesia, pues, considerada en sentido propio, es la gran compañía de los elegidos, que ha sido escogida por la libre gracia de Dios, y sobre la que trabaja el Espíritu a su debido tiempo, separada del mundo pecador, regenerada, y a la que se concede la perseverancia hasta la vida eterna...es un cuerpo invisible, o casi, formado no solamente de los pocos que aún viven en la prueba, sino también de la multitud de los que duermen en el Señor” (Parochial and Plain Sermones, IV, p.172, 1837)

Con estas palabras del Cardenal los saludamos afectuosamente en Cristo Jesús y en María Virgen, bajo cuyo amparo ponemos nuestra Asociación y esta publicación.

Cartas recibidas con motivo de nuestra fundación

(traducidas)

Birmingham, 31 de agosto de 1990

Es para nosotros, los Amigos de Newman aquí en Inglaterra, y para los padres del Oratorio de Birmingham, una gran alegría que estén ustedes comenzando “Amigos de Newman” en la Argentina.

La influencia de Newman se está extendiendo más y más por el mundo; esperamos y rogamos por su beatificación y también para que su influencia ayude a edificar el Reino de Dios.

Déjenos saber, por favor, si de alguna manera podemos ayudarlos. Desde ya los incluiremos en nuestra lista de correspondencia y así recibirán las novedades y eventos nuestros.

Tengan por seguro nuestra oraciones y nuestro firme apoyo en esta iniciativa, en la cual tenemos un enorme interés. Si alguno de sus miembros estuviera por Inglaterra, serán bienvenidos como visitantes al Oratorio de Newman y a los lugares en que vivió el Cardenal.

Con mis mejores deseos.

Sinceramente suyo

The Very Reverend Gregory Winterton

Vicepresidente de Amigos del Cardenal Newman

Prevoste del Oratorio de Birmingham

Roma, 8 de septiembre de 1990

Hemos recibido con gran alegría su carta y el programa adjunto para las Celebraciones de Newman durante este mes. Saber que Newman es mucho más apreciado en varios países de mundo, es realmente muy estimulante. A pesar de haber sido considerado absoluta y exclusivamente inglés, ha venido a ser más cristiano y católico, atractivo para el hombre de nuestro tiempo más que ningún otro.

Por ello es que en primer lugar agradecemos a Dios su generosa Providencia al habernos dado un hombre de su genialidad y de tal integridad en materia de fe, de tal lealtad para con la Iglesia y sus enseñanzas, para que de esta manera podamos heredar su profundidad de pensamiento, el ejemplo de una inquebrantable fe, de una esperanza inamovible y un fuerte y profundo amor unido a tan sana devoción. Sus obras muestran el testimonio de todo esto y reflejan la nobleza de su mente y carácter.

25
ANIVERSARIO
1990-2015

Hay pues muchas razones para que confiemos en Newman, aprendiendo de él como de un seguro guía que la conducido y seguirá conduciendo a muchos a la aceptación de la Verdad Revelada y a la práctica de todo lo que esta aceptación implica.

Con estas palabras los felicitamos en esta fundación inicial de la Asociación de "Amigos de Newman" en la Argentina. Que Dios bendiga a los miembros fundadores y a todos aquellos que se asocien en los años futuros. Que su Asociación prospere y cumpla sus fines entre muchos, adultos y jóvenes, sabiendo que servirlos en el espíritu de Newman es servir a la Iglesia que Newman tanto amó y por la cual estaba preparado para cualquier sacrificio.

Con nuestro mejores augurios y oraciones

Margaret Binde

en nombre del "International Centre of Newman Friends".

A NUESTROS LECTORES

**Les pedimos, nos envíen vuestros mails actualizados
para una comunicación más dinámica.**

Enviar a:

amigosdenewman@gmail.com

**También les informamos que
la página web ha sido mejorada y actualizada.**

**Los esperamos en
www.amigosdenewman.com.ar**

Plain and Parochial Sermons VI, 4.

Predicado el 12 de abril de 1840 en St. Mary the Virgin, Oxford.

Las privaciones de Cristo: una meditación para los cristianos

(5º domingo de Cuaresma)

Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros por su pobreza os enriquezcáis. (2 Cor 8, 9)

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALLER

A medida que el tiempo avanza y la Pascua se acerca, se nos llama no sólo a llorar por nuestros pecados sino especialmente por los varios sufrimientos que padeció Cristo nuestro Señor y Salvador a causa de esos pecados. Hermanos míos, ¿por qué es que tenemos comúnmente tan poco sentimiento sobre el asunto? ¿Por qué es que habitualmente dejamos que este tiempo llegue y se vaya como otros, o, al menos, no lo sentimos más? ¿No estoy en lo cierto al decir que este es el caso, y si es así, no tengo razón para preguntar por qué es así? No nos conmovemos cuando escuchamos acerca de la amarga pasión de Jesucristo, el Hijo de Dios, por nosotros. Tampoco lamentamos nuestros pecados que la causaron, ni tenemos compasión por ella. No sufrimos *con* Él. Si venimos a la iglesia, escuchamos, y luego salimos nuevamente, no del todo afligidos, o afligidos pero sólo por el momento. Y muchos no vienen a la iglesia de ninguna manera, y, por supuesto, para ellos este tiempo santo y solemne es como cualquier otro. Comen, beben, duermen, se levantan, y se ocupan de sus asuntos y sus placeres como es habitual. No llevan consigo el pensamiento de Aquel que murió por ellos, adondequiera que estén, “ya coman,

ya beban, ya hagan cualquier cosa” (1 Cor 10, 31). Para usar las palabras de san Pablo, de ningún modo “viven por la fe en el Hijo de Dios, que los amó y se entregó por ellos” (Gal 2, 20).

Esto, por cierto, no puede negarse. Pero si es así que el Hijo de Dios bajó del cielo, dejando a un lado su gloria, y se sometió a ser despreciado, cruelmente tratado, y matado por Sus propias creaturas, por aquellos que Él había creado y preservado hasta ese día, y estaba entonces sosteniéndolos en la vida y en el ser, ¿es razonable que tan gran acontecimiento no nos conmueva? ¿No es obvio que debemos estar en un estado mental muy irreligioso, si no tenemos un poco de gratitud, un poco de compasión, un poco de amor, un poco de reverencia, algo de remordimiento, algo de humillación, algún arrepentimiento, un poco de deseo de enmienda, como consecuencia de lo que Él ha hecho y sufrido por nosotros? O, mejor dicho, ¿tan gran Benefactor no nos exige algo de gratitud desbordante, de intensa compasión, de amor ferviente, de profunda reverencia, de agudo remordimiento, de serio arrepentimiento, de apremiante deseo y anhelo en pos de un corazón nuevo? ¿Quién puede negar todo esto? ¿Por qué entonces, hermanos míos, no es así? ¿Por qué las

cosas son como son? ¡Oh sí!, con pena pronóstico que pasará el tiempo, y pasarán la última semana de Cuaresma, el Viernes Santo y el día de Pascua, y las semanas que le siguen, y muchos de vosotros estaréis como estabais, no más cerca del cielo, no más cerca de Cristo en vuestros corazones y en vuestras vidas, no impresionados de modo duradero y salvífico por el pensamiento de Sus misericordias y vuestros propios pecados y falta de méritos.

¿Pero por qué es esto? ¿Por qué comprendéis tan poco el Evangelio de vuestra salvación? ¿Por qué están vuestros ojos tan débiles para ver y vuestros oídos tan duros para oír? ¿Por qué tenéis tan poca fe, tan poco de cielo en vuestros corazones? Por esta sola razón, mis hermanos, si puedo expresarla en una sola palabra: porque *meditáis* muy poco. No meditáis, y entonces no estáis impresionados.

¿Qué es meditar en Cristo? Es simplemente esto: pensar habitualmente y constantemente en Él y en sus acciones y sufrimientos. Es tenerlo presente a nuestras mentes como Aquel a quien debemos contemplar, rendir culto, y dirigirnos cuando nos levantamos, cuando nos acostamos, cuando comemos y bebemos, cuando estamos en casa o afuera, cuando trabajamos, o caminamos, o descansamos, cuando estamos solos, y también cuando estamos acompañados. Esto es meditar. Y a través de esto, y de nada más que esto, nuestros corazones vendrán a sentir como deben. Tenemos corazones de piedra, corazones tan duros como las carreteras, de modo que la historia de Cristo no deja impresión en ellos. Y sin embargo, si queremos salvarnos, debemos tener corazones tiernos, sensitivos, vivos; deben ser rotos como la tierra, removidos, regados, cuidados y cultivados, hasta que lleguen a ser como jardines, jardines de Edén, aceptables a nuestro Dios, jardines en los que el Señor Dios pueda caminar y habitar, no llenos de brezos y espinas, sino de plantas útiles y de dulce aroma, de árboles celestiales y flores. El yermo seco y árido debe brotar en fuentes de agua viva. Este cambio debe tener lugar en nuestros corazones si quere-

mos salvarnos. En una palabra, debemos tener lo que no tenemos por naturaleza: fe y amor. ¿Y cómo se realiza esto, bajo la gracia de Dios, sino por medio de una piadosa y práctica meditación a lo largo del día?

San Pedro describe lo que quiero expresar cuando hablando de Cristo dice: “A Él amáis sin haberlo visto; en Él, sin verlo pero sí creyendo, os regocijáis ahora con gozo inefable y lleno de gloria” (1 Pe 1, 8)

Cristo se ha ido, no se lo ve, nunca lo vimos, sólo hemos leído y escuchado hablar de Él. Es un viejo dicho: “fuera de la vista, fuera de la mente”.¹ Estad seguros de que así *será*, de que así *debe ser* con nosotros, en lo que respecta a nuestro bendito Salvador, a menos que hagamos continuos esfuerzos a lo largo del día para pensar en Él, en Su amor, en Sus preceptos, en Sus dones y en Sus promesas. Debemos traer a la mente lo que leímos en los Evangelios y en libros santos acerca de Él, debemos tener delante lo que hemos escuchado en la iglesia, y debemos pedir a Dios que nos haga capaces de hacerlo así, que nos bendiga al hacerlo, y que podamos hacerlo con espíritu sencillo, sincero y reverente. En una palabra, debemos meditar, pues todo esto es meditación, y lo puede hacer hasta la persona menos educada, y lo hará si tiene la voluntad de hacerlo.

Ahora bien, de tal meditación o pensamiento sobre las acciones y sufrimientos de Cristo diré dos cosas. La primera es demasiado simple para mencionarla, pero si no lo hago parecería estar olvidándola, de modo que la menciono. Es esta: la meditación no es del todo agradable al principio. Lo sé. La gente la encontrará al comienzo muy pesada, y sus mentes se escaparán alegremente hacia otros temas. Es verdad. Pero considerad esto: si Cristo pensó que vuestra salvación merecía el gran sacrificio de sufrimientos voluntarios, ¿no deberíais pensar que vuestra salvación (que es de vuestro propio interés) merece el pequeño

¹ Esta es la traducción literal de “*out of sight, out of mind*” que Newman cita, pero parece ser la versión inglesa del proverbio latino “*ojos que no ven, corazón que no siente*”.

sacrificio de aprender a meditar sobre esos sufrimientos? Cuando Él ha realizado la obra, ¿puede pedirse una cosa menor que sólo debáis creer en ella y aceptarla?

Y mi segunda observación es esta: que sólo por etapas lentas la meditación es capaz de ablandar nuestros corazones, y que la historia de las pruebas y dolores de Cristo nos conmuevan realmente. No ocurrirá por pensar una o dos veces en Cristo. Es al continuar pensando en Él con el ojo de nuestra mente, silenciosa y regularmente, como poco a poco obtendremos algo de afecto, luz, vida y amor. No nos veremos cambiar. Será como el desarrollo de las hojas en primavera: no las veis crecer, no podéis detectar eso observando. Pero cada día, a medida que pasa, ha hecho algo por ellas, y quizá podréis decir cada mañana que han adelantado más que ayer. Así es con nuestras almas: no ciertamente cada mañana, sino en determinado períodos, somos capaces de ver que estamos más vivos y religiosos de lo que éramos, aunque durante el intervalo no fuimos conscientes de que estábamos avanzando.

Ahora pues, a modo de muestra, diré algunas palabras sobre el abajamiento voluntario de Cristo, para sugeriros pensamientos que debéis tener en todo momento, pero especialmente en este tiempo santísimo del año; pensamientos que os prepararán en su pobre medida (Dios lo quiera) para ver a Cristo en el cielo, y mientras tanto para verlo en su festividad pascual. El día de Pascua viene sólo una vez al año, es breve, como los otros días. ¡Que podamos aprovechar mucho de él, lo máximo, y podamos gozar de él! ¡Que no pase, como otros días, sin dejarnos la fragancia que nos permita recordarlo!

Hermanos míos, venid ahora, antes de que se hagan presentes los días solemnes, y reveamos algunas de las privaciones del Hijo de Dios hecho hombre, que serán vuestra meditación a través de estas semanas santas.

Él parece hablar a los pobres principalmente. Vino en *pobreza*. San Pablo dice en el texto “Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por vosotros se hizo pobre, siendo rico,

para que vosotros por su pobreza os enriquezcáis”. (2 Cor 8, 9). Que los pobres no supongan que sus infortunios son suyos solamente y que nadie más los sufre. Dios Altísimo, Dios Hijo, que había reinado con el Padre desde toda la eternidad, supremamente bendito, aún Él llegó a ser un hombre pobre y sufrió las penas de los pobres. ¿Y cuáles son? Supongo que estas: tienen mal alojamiento, mal vestido, no suficiente para comer o de mala calidad, pocos placeres o entretenimientos, son despreciados, dependientes de otros para vivir, y no tienen perspectivas de futuro. ¿Y cómo fue con Cristo, el Hijo de Dios viviente? ¿Dónde nació? En un establo. Supongo que no muchos hombres sufren una indignidad tan grande: nacer no en tranquilidad y comodidad sino entre animales. ¿Y cuál fue su primera cuna? Un pesebre. Tales fueron los comienzos de Su vida terrenal, pero su condición no mejoró después. Él dice en una ocasión: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (Lc 9, 58). No tenía hogar. Cuando comenzó a predicar era, lo que ahora se llama con desprecio, un vagabundo. Hay personas que están obligadas a dormir donde pueden: así parece haber sido en buena medida nuestro Señor bendito. Oímos hablar de Marta que lo hospedó y de otros. Se nos dice muy poco, pero a juzgar por *ello* parece haber llevado una vida más tosca que la de cualquier campesino de aldea. Estuvo cuarenta días en el desierto, ¿dónde pensáis que durmió allí?, en las cuevas de la roca. ¿Y quiénes fueron su compañía?, peores aún que aquellos entre los cuales había nacido. Nació en una cueva y pasó cuarenta noches en una cueva, pero cuando nació, al menos, estuvo entre bestias domesticadas, el buey y el asno. En cambio durante sus cuarenta días de tentación “estaba entre fieras” (Mc 1, 13). Aquellas cavernas en el desierto estaban llenas de creaturas salvajes y perniciosas. Allí durmió Cristo, y sin duda habrían caído sobre él de no ser por el brazo invisible de Su Padre y Su propia santidad.

El frío es otra privación que nos aflige sen-



Desierto de Judea.

siblemente. También la soportó Cristo. Permaneció noches enteras en oración en la cima de las montañas. Se levantó antes del amanecer y fue a parajes solitarios a orar. Estuvo en el mar por la noche.

El calor es un sufrimiento que no nos aflige mucho en nuestro país, pero es formidable en el Oriente donde vivió nuestro Salvador. Los hombres se quedan en el hogar cuando el sol está en lo alto para que no los lastime, pero aun así leemos que Él se sentó junto al pozo de Jacob al mediodía, cansado por la jornada.

Observad esto también, a lo que ya me he referido. Estuvo constantemente viajando durante Su ministerio, y a pie. Una vez entró montado en Jerusalén, para dar cumplimiento a una profecía.

Resistió el hambre y la sed. Estaba sediento junto al pozo y pidió a la mujer samaritana que le diera agua para beber. Estuvo hambriento en el desierto cuando ayunó cuarenta días. En otra ocasión, cuando estaba ocupado activamente en Sus obras de misericordia, Él y Sus discípulos no tenían ni tiempo para comer pan (Mc 6, 31). Y por cierto, deambulando como vivía no podía estar cierto de comida alguna. ¿Y cuál fue el tipo de comida del que vivió? Estuvo mucho en las tierras cercanas al mar o lago llamado Mar de Genesaret o Tiberíades, y Él y sus apóstoles vivían de pan y de pescado, como la dieta escasa de los hombres pobres hoy, o más escasa aún. En una ocasión bien conocida, se nos habla de cinco panes de cebada y dos pescados pequeños. Después

de Su resurrección dispuso para Sus apóstoles “un fuego, un pescado encima, y pan” (Jn 21, 9), tal como parece era su comida habitual.

Pero es digno de mencionar que, a pesar de estas penurias, Él y los suyos tenían la costumbre de dar algo a los pobres, no obstante. No dejaban de dar lo más aún de lo poco que tenían. Cuando Judas se levantó y salió para traicionarlo, y Jesús le habló, algunos de los apóstoles pensaron que le estaba dando directivas acerca de las limosnas a los pobres; esto muestra cuál era Su práctica.

Es poco necesario agregar que fue bastante dependiente de otros. Algunas veces lo recibieron en su casa hombres ricos. Otras veces, como he dicho, personas piadosas le dieron de lo suyo (Lc 8, 8). Según sus propias benditas palabras, vivió como los cuervos que Dios alimenta, o la hierba de los campos que Dios viste.

¿Necesito agregar que tuvo pocos placeres, pocas recreaciones? Está fuera de lugar hablar de semejante asunto en el caso de Alguien que venía de Dios y tenía otros pensamientos y maneras que nosotros. Pero existen gozos inocentes que Dios nos da aquí como compensación de las pruebas de la vida; nuestro Señor estaba expuesto a las pruebas y podía haber tomado también su compensación, pero se abstuvo. Ha sido observado que nunca se dice de Él que se haya reído, y en cambio leemos a menudo de Sus suspiros, gemidos y llantos. Era “un varón de dolores, que sabe lo que es padecer” (Is 53, 3)

Sigamos con otros grandes sufrimientos que tomó sobre Sí cuando se hizo pobre. Desprecio, odio y persecución por parte del mundo fue uno de ellos. Incluso en Su infancia, María tuvo que huir con Él a Egipto para impedir que Herodes lo matara. Cuando regresó no era seguro que viviera en Judea y fue llevado a Nazaret, un lugar de mal nombre, donde la Santa Virgen había estado cuando el ángel Gabriel vino hacia ella. No necesito decir cómo fue burlado y perseguido por



Getsemani, El Greco,

los fariseos y sacerdotes cuando comenzó a predicar, y tuvo que huir una y otra vez para salvar Su vida, que ellos estaban empeñados en acabar.

Otro gran sufrimiento del que nuestro Señor no quiso apartarse fue lo que en nuestro caso llamamos duelo, la pérdida de familiares y amigos por causa de su muerte. Esto, ciertamente, no era fácil soportar a Quien tenía un solo familiar cercano de la tierra y tan pocos amigos, pero aún esta aflicción la probó por nuestra causa. Lázaro era Su amigo y lo perdió. Sabía sin duda que podía rescatarlo, y lo hizo. Sin embargo se lamentó por él amargamente, por la razón que fuese, de modo que los judíos dijeron “Mirad cómo lo amaba” (Jn 11,36). Pero una pérdida más grande y verdadera, tanto como podemos hablar de ella, fue Su mismo acto original de humillación, dejando Su

gloria celestial y descendiendo a la tierra. Esto, por supuesto, es un gran misterio para nosotros de principio a fin, pero aun así Él ciertamente le concede hablar a Su apóstol de “despojarse a Sí mismo” de Su gloria (Fil 2,7), de modo que podemos considerarlo justa y reverentemente como una pérdida inexpressable y extraordinaria, que Él experimentó por un tiempo, como si fuera desheredado y hecho semejante a la carne de pecado.

Pero todo esto fue sólo el comienzo de Sus penas. Para ver su plenitud debemos contemplar Su pasión. En la angustia que Él soportó entonces vemos todos sus otras penas concentradas y excedidas, de modo que diré poco ahora, cuando Su “hora no ha llegado aún”.

Pero quiero señalar mucho esto. Primero, lo maravilloso y tremendo que es el temor abrumador que tuvo de Sus sufrimientos antes que llegaran. Lo cual muestra qué grandes eran, pero además parecería como si Él hubiese decretado atravesar todas las pruebas por nosotros, y entre ellas la del temor. Dice: “Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!” (Jn 12, 27). Y cuando la hora llegó este terror fue el comienzo de Sus sufrimientos y causó Su agonía y sudor de sangre. Y oró diciendo: “Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya” (Mt 26, 39). San Lucas añade: “Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra” (Lc 22, 44).

Segundo, fue traicionado de muerte por uno de Sus propios amigos. ¡Qué golpe amargo fue este! Estaba suficientemente solo sin esto, pero en la última prueba uno de los doce apóstoles, Su propio amigo familiar, le traicionó, y los otros le abandonaron y huyeron; aunque San Pedro y San Juan después recuperaron un poco el corazón y lo siguieron. Pero pronto San Pedro mismo incurrió en un pecado peor al negarlo tres veces. Qué gran afecto sentía hacia ellos y cómo los atrajo con un natural movimiento del corazón al acercarse Su prueba, aunque lo decepcionaron,

queda claro por las palabras que les dirigió en Su última Cena: “Les dijo: ‘con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer’” (Lc 22, 15).

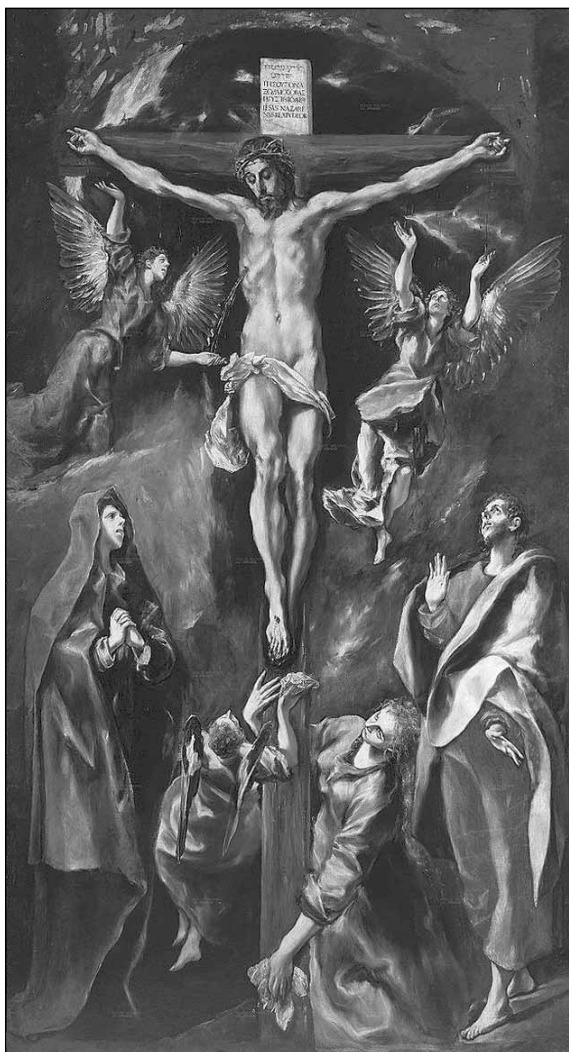
Poco después de esto comenzaron Sus sufrimientos, y este Santo y Bendito Salvador, el Hijo de Dios y Señor de la Vida, fue entregado tanto en el alma como en el cuerpo a la malicia del gran enemigo de Dios y del hombre. Job fue entregado a Satanás en el Antiguo Testamento, pero dentro de límites prescritos: primero el Maligno no podía tocar su persona, y luego, sí su persona pero no su vida. Pero Satanás tuvo poder para triunfar, o lo que él pensó que era triunfar, sobre la vida de Cristo, que declara a Sus perseguidores: “Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas” (Lc 22, 53). Su cabeza fue coronada y desgarrada con espinas y magullada con palos; Su rostro ultrajado con escupidas; Sus hombros cargados con la pesada cruz; Su espalda rasgada y hendida por azotes; Sus manos y pies traspasados por clavos; Su costado, a modo de contumelia, herido con la lanza; Su boca seca por la sed intolerable; y Su alma tan oscurecida que gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46). Y así estuvo colgado en la cruz por seis horas, su cuerpo entero hecho una llaga, expuesto casi desnudo a los ojos de los hombres, “desdeñando la ignominia” (Hb 12, 2), maldecido, insultado y blasfemado por todos los que le veían. Seguramente a Él solo se aplican en plenitud las palabras del profeta: “Vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante al dolor que me atormenta, con el que el Señor me ha herido el día de su ardiente cólera” (Lam 1, 12).

¡Qué pequeños son nuestros dolores comparados con estos! ¡Qué pequeñas son nuestras penas, nuestras pruebas, nuestras persecuciones, comparadas con aquellas que Cristo sobrellevó voluntariamente por nosotros! Si Él, el sin pecado, las sufrió, ¿qué tiene de sorprendente que nosotros los pecadores debamos soportar, si es así, la centésima parte de ellas? ¡Qué viles y miserables somos por comprenderlas tan poco, por

estar tan poco impresionados por ellas! ¡Oh sí!, si sintiéramos por ellas lo que debemos, por supuesto que serían para nosotros, en el tiempo que ahora está llegando, mucho peores que la muerte de un amigo o su dolorosa enfermedad. No deberíamos en semejantes ocasiones tener placer en este mundo; deberíamos perder nuestro gozo en las cosas de la tierra; deberíamos perder nuestro apetito, y estar enfermos de corazón, y comer, beber, y hacer nuestro trabajo, sólo como un deber. El tiempo santo en el cual pronto entraremos sería una semana de duelo, como cuando un cuerpo muerto está en la casa. Por cierto, no podemos sentir así meramente porque queremos y debemos sentir así. No podemos forzarnos a

El expolio, El Greco, catedral de Toledo, 1577-1579.





La crucifixión, El Greco, del colegio de María de Aragón (1597-1600).

semejante sentimiento. No exhorto a este hombre o a aquel otro a sentir así, porque no está en su poder. No podemos excitar en nosotros semejantes sentimientos, y si pudiéramos es mejor que no lo hagamos, porque es una excitación, que es mala. El sentimiento profundo está en correspondencia natural o necesaria con un corazón santo. Pero aunque no podemos sentir así a voluntad y de inmediato, podemos encontrar el modo para lograrlo. Podemos crecer en gracia hasta que sintamos así. Y mientras tanto, podemos observar una abstinencia exterior de los placeres inocentes y las comodidades de la vida que nos prepare a ese sentimiento, una abstinencia tal como la que practicaríamos espontáneamente si tuviésemos ese sentimiento. Podemos meditar sobre los sufrimientos de Cristo, y al hacerlo *seremos* gradualmente llevados a estos sentimientos profundos a medida que pase el tiempo. Podemos pedir a Dios que haga por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos, que nos *haga* sentir, que nos dé el espíritu de gratitud, amor, reverencia, abajamiento, temor piadoso, arrepentimiento, santidad, y fe viva. ●—

PEDIDO

Agradecemos al Señor su inspiración y su ayuda en estos años, a la vez que confiamos en Él para continuar con fidelidad la obra de difusión de la vida y los escritos del beato cardenal John Henry Newman, una figura excepcional para la actualidad. Agradecemos el apoyo de los **Amigos de Newman en la Argentina**.

Pero igualmente nos vemos en la necesidad de reiterar el pedido de cooperación para poder seguir adelante con nuestra publicación.

Enviar cheque a nombre de Fernando M. Cavaller o realizar transferencia bancaria a la cuenta corriente del Banco Santander-Río N°09400051087-7
CBU 0720094688000005108772
CUIL 20-08288279-1

Plain and Parochial Sermons VI, 10.

Predicado el 12 de abril de 1840 en St. Mary the Virgin, Oxford.

La presencia espiritual de Cristo en la Iglesia

(Domingo de Pascua)

Dentro de poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver, porque me voy al Padre (Jn 16, 16)

En diferentes partes de la Escritura se nos dan afirmaciones muy opuestas de la doctrina acerca de Cristo que deja el mundo y retorna al Padre, tan opuestas la una de la otra que a primera vista el lector puede incluso hallar dificultad en reconciliarlas entre sí. En una época temprana de Su ministerio, nuestro Señor da a entender que cuando se aleje Sus discípulos se apenarían y que iba a ser un tiempo especial de humillación. Pregunta: “¿Pueden acaso los pajes de honor del novio estar tristes cuando el novio está con ellos? Día vendrán en que les será arrebatado el novio: *entonces ayunarán*” (Mt 9, 15). Sin embargo, siguiendo las palabras del texto, dichas por Él cuando se está yendo, dice: “Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar” (Jn 16, 22). Y dice poco antes: “Os conviene que yo me vaya” (Jn 16, 7), y nuevamente: “No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis” (Jn 14, 18-19). De este modo, la ida de Cristo al Padre es a la vez fuente de pena, porque significa Su ausencia, y de alegría, porque incluye Su presencia. Y brotan de la doctrina de Su resurrección y ascensión estas paradojas, dichas a menudo en la Escritura, de que estamos apenándonos pero siempre alegrándonos, como no teniendo nada pero poseyendo todo.

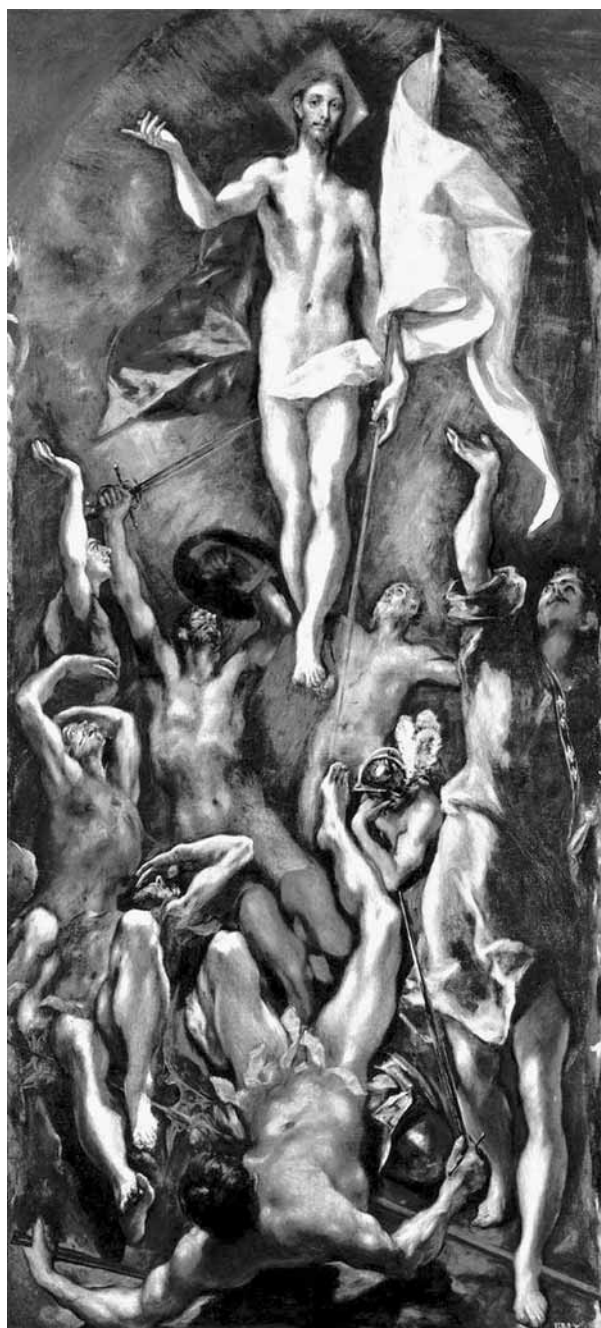
Este es, ciertamente, nuestro estado ahora: hemos perdido a Cristo y lo hemos encontrado, no lo vemos pero lo percibimos. Abrazamos Sus pies, pero Él dice: “No me toques” (Jn 20, 17). ¿Cómo es esto? Es así: nosotros hemos perdido la percepción sensible y consciente de Él, no podemos verlo, ni escucharlo, ni conversar con Él, ni seguirlo de un lugar a otro, pero gozamos de una vista y posesión espiritual, inmaterial, interior, mental y real de Él, una posesión más real y más presente que la que tenían los apóstoles cuando estaba con ellos, *porque* es espiritual, *porque* es invisible. Sabemos que cuanto más cerca tenemos un objeto de este mundo menos podemos contemplarlo y comprenderlo. Cristo ha llegado tan cerca nuestro en la Iglesia cristiana (si puedo hablar así), que no podemos mirarlo o percibirlo. Entra en nosotros, reclama y toma posesión de Su herencia adquirida. No se nos presenta a Sí mismo, pero nos toma para Él. Nos hace Sus miembros. Nuestros rostros están, como si fuera, dados vuelta, no le vemos, y no sabemos de Su presencia, excepto por la fe, porque está por encima nuestro y dentro nuestro. Y por eso podemos al mismo tiempo lamentarnos porque no somos conscientes de Su presencia, como la que gozaban los apóstoles antes de Su muerte, y podemos regocijarnos porque sabemos que sí la poseemos aún más que ellos, de acuerdo al texto “A

SERMÓN

quien amáis sin haberle visto [es decir, con los ojos corporales]; en quien creéis aunque de momento no le veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa; y alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de vuestras almas” (1 Pe 1, 8-9).

En relación a este don grande y misterioso, la presencia de Cristo, invisible a los sentidos, captada por la fe, de la que parece hablar el texto y está sugerida por este tiempo del año litúrgico, me propongo decir algunas pocas palabras.

Observad lo que es la promesa en el texto y los versículos siguientes: una nueva era está por comenzar, o lo que se llama en la Escritura “un día del Señor”. Sabemos cuánto se dice en la Escritura acerca del *día* del Señor, terrible y misericordioso, que parece ser un tiempo especial de castigo, gracia, juicio, restauración, justicia, y gloria. Mucho se dice sobre los días del Señor en el Antiguo Testamento. En el comienzo leemos sobre aquellos días augustos, siete en número, cada uno perfecto y perfectos todos juntos, en los cuales todas las cosas fueron creadas, finalizadas, bendecidas, reconocidas y aprobadas por Dios Omnipotente. Y todas las cosas terminarán con un día más grande aún, que se abrirá con la llegada de Cristo desde el cielo, y el juicio. Este es especialmente el Día del Señor, que presentará para todos los creyentes una bienaventuranza eterna en la presencia de Dios. Y otro día especial predicho y cumplido es este largo tiempo que precede y prepara para el día del cielo, esto es, el Día de la Iglesia cristiana, el Día del evangelio, el Día de gracia. Es un día del que se habla mucho en los profetas, y es el día del cual habla nuestro Salvador en el pasaje que tenemos ante nosotros. Observad qué solemne y qué gran día es este y cómo Él se refiere al mismo: “Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar. Aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: lo que pidáis al Padre os lo dará en mi nombre. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea colmado... Aquel día pediréis en mi nombre y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el



La Resurrección, El Greco, retablo de doña María de Aragón, Museo del Prado, 1595-1600..

Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí y creéis que salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre” (Jn 16, 22-28).

El Día, entonces, que amaneció sobre la Iglesia con la Resurrección, y brillará en todo su esplendor con la Ascensión, ese Día que no tiene ocaso, que no tiene fin, sino que será absorbido en la gloriosa aparición de Cristo desde el cielo para destruir el pecado y la muerte, ese Día en el que cual estamos ahora, está descripto con esas palabras de Cristo como un estado de especial manifestación divina, de especial introducción en la presencia de Dios. Dice el Apóstol que por Cristo “tenemos el acceso mediante la fe a esta gracia en la cual nos hallamos” (Rom 5, 2). “Con Él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús” (Ef 2, 6). “Vuestra vida está oculta con Cristo en Dios” (Col 3, 3). “Somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo” (Fil 3, 20). “El mismo Dios que dijo ‘de las tinieblas brille la luz’, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (2 Cor 4, 6). “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo” (Gal 3, 27). Y nuestro Señor dice: “Yo le amaré y me manifestaré a él...vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 21-23). Por eso los cristianos estamos en las cortes del Dios Altísimo, y en cierto sentido vemos Su rostro, porque Aquel que estuvo una vez en la tierra ha partido ahora de esta escena visible de las cosas de un modo misterioso y doble: hacia Su Padre y dentro de nuestros corazones, uniendo al Creador con Sus creaturas, de acuerdo a Su propias palabras: “No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros sí me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis. Aquel Día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros” (Jn 14, 18-20).

Ahora bien, en nombre de este misterio, señalo lo siguiente:

Primero, que Cristo realmente está con nosotros ahora, cualquiera sea el modo. Esto lo dice Él mismo expresamente: “He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Y dice incluso: “Donde es-

tán dos o tres en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt 18, 20). Y en el pasaje ya citado más de una vez: “No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros”, la presencia de Cristo nos está prometida aún, aunque Él está a la derecha del Padre. Vosotros diréis, “Sí, está presente como Dios”. Respondo: más aún, Él es el Cristo, y el Cristo está prometido, y Cristo es tanto hombre como Dios. Esto queda claro seguramente por las palabras del texto. Dijo que se iba. ¿Se iba como Dios o como hombre? “Dentro de poco ya no me veréis” (Jn 16, 17) se refería a Su muerte. Se fue en cuanto hombre, murió como hombre, por tanto, si prometió volver, seguramente quiso decir que volvería como hombre, es decir, en el único sentido en que podía regresar. Como Dios está siempre presente, nunca de otro modo que presente, nunca se fue. Cuando Su cuerpo murió en la cruz y fue enterrado, cuando Su alma partió al lugar de los espíritus, Él estaba aún con Sus discípulos en Su divina ubiquidad. La separación de alma y cuerpo no pudo tocar Su impasible y eterna divinidad. Cuando dice entonces que debe irse y volver y permanecer para siempre, está hablando no meramente de Su omnipresente naturaleza divina, sino de Su naturaleza humana. Al ser Cristo, dice que Él, el Mediador Encarnado, estará con Su Iglesia para siempre.

Pero también podéis pensar en explicar Sus afirmaciones así: “Él *ha* venido de nuevo, pero en Su Espíritu, es decir, Su Espíritu ha venido en lugar de Él, y cuando se dice que Él está con nosotros significa solamente que Su Espíritu está con nosotros”. Sin duda, nadie puede negar la verdad consoladora y misericordiosa de que el Espíritu Santo ha venido, pero ¿por qué ha venido, para suplir la ausencia de Cristo, o para llevar a cabo Su presencia? Ciertamente para hacerlo presente. Ni por un momento supongamos que Dios Espíritu Santo viene en el sentido de que Dios Hijo permanece fuera. No, Él no ha venido de modo que Cristo no venga sino que viene más bien para que Cristo pueda venir en Su venida. A través del Espíritu Santo tenemos co-

munión con el Padre y el Hijo. “En Cristo estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu” dice San Pablo (Ef 2, 22). “Sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros” (1 Cor 3, 16). “Que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, y Cristo por la fe habite en vuestros corazones” (Ef 3, 16-17). El Espíritu Santo causa la inhabitación de Cristo en el corazón, y la fe le da la bienvenida. De este modo el Espíritu no toma el lugar de Cristo en el alma sino que le asegura ese lugar a Cristo. San Pablo insiste mucho sobre esta presencia de Cristo en aquellos que tienen Su Espíritu. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?” (1 Cor 6, 15). “En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo... Sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte” (1 Cor 12, 13.27). “¿No reconocéis que Jesucristo está en vosotros? ¡A no ser que os encontréis ya reprobados!” (2 Cor 13, 5). “Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria” (Col 1, 27). Y san Juan dice: “Quien tiene al Hijo tiene la vida, quien no tiene al Hijo, no tiene la vida” (1 Jn 5, 12). Y dice nuestro Señor: “Permaneced en Mí, como Yo en vosotros... Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ése da mucho fruto” (Jn 15, 4-5). El Espíritu Santo, entonces, nos concede venir a nosotros para que por Su llegada Cristo pueda venir a nosotros, no carnalmente o visiblemente, sino que pueda entrar en nosotros. Y así es que Él está presente y ausente; ausente porque ha dejado la tierra, presente porque no ha dejado al alma fiel, o como Él mismo dice: “El mundo no me verá, pero vosotros sí me veréis” (Jn 14, 19).

Vosotros diréis ¿cómo puede estar presente en los cristianos y en la Iglesia al no estar en la tierra sino a la diestra del Padre? Respondo que la Iglesia cristiana está hecha de *almas* fieles, ¿y cómo puede cualquiera de nosotros decir dónde está el alma, simple y realmente? El alma actúa por cierto a través del cuerpo, y percibe a través del cuerpo, pero ¿dónde está?, o ¿qué tiene que ver con el lugar? , o ¿por qué sería algo increíble

que el poder del Espíritu visitara el alma como para abrirla a una manifestación divina que ella no percibe, porque sus percepciones actuales son sólo a través del cuerpo? ¿Quién le pondrá límites al poder del bondadoso Espíritu de Dios? ¿Cómo sabemos, por ejemplo, si no está haciendo presente a Cristo con nosotros al hacernos presentes con Él? Así como la tierra gira alrededor del sol, aunque se dice que el sol se mueve, así nuestras almas, de hecho, pueden estar siendo elevadas a Cristo cuando se dice que Él viene a nosotros. Pero no hay necesidad de insistir en un modo por el cual pueda ser concebido el misterio, cuando son posibles diez mil modos para Dios de los cuales no sabemos nada. La Escritura dice bastante como para mostrarnos que las influencias pueden darse sobre el alma tan maravillosamente, que no podemos decidir si el alma permanece en el cuerpo o no, mientras está sometida a ellas. San Pablo, hablando de sí mismo, dice: “Si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe, fue arrebatado hasta el tercer cielo”, y repite su afirmación: “Y sé que este hombre, en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe, fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar” (2 Cor 12, 2-4). San Pablo fue llevado al paraíso, aunque su cuerpo permaneció donde estaba, y si su alma fue separada del cuerpo era una cuestión que él no podía decidir. ¿Cómo podemos pretender decidir lo que el Espíritu Santo puede o no puede con las almas fieles ahora, y si no les manifiesta a Cristo a ellas y en ellas, llevándolas a Cristo? Nuevamente, considerando el poder de Satanás en mostrarle a nuestro Señor todos los reinos del mundo “en un instante” (Lc 4, 5), ¿no podrá el Espíritu Todopoderoso hacer mucho más con nosotros que lo que el Maligno hizo con nuestro Señor? ¿No puede en menos que un instante llevar nuestras almas a la presencia de Dios, mientras nuestros cuerpos están en la tierra?

Mientras sabemos tan poco acerca de nuestras almas, por otro lado, somos completamente ignorantes del estado en el cual nuestro bendito Señor existe ahora, y la relación de este mundo



Pentecostés, El Greco, 1597.

visible con Él, o si puede ser posible para Él venir a nosotros, de algún modo misterioso, aunque esté sentado a la diestra de Dios. ¿No entró, después de Su resurrección, en la habitación cuando estaban cerradas las puertas, pero toleró ser tocado para probar que no era un fantasma? Ciertamente entonces, aunque Él está vestido de nuestra na-

turalidad, y es hombre perfecto, Su cuerpo glorificado no está confinado por aquellas leyes bajo las cuales yacen nuestros cuerpos mortales.

Pero además, sea difícil o no de concebir, la Escritura nos da verdaderamente al menos un ejemplo de aparición después de Su Ascensión, como para convencernos de que Su presencia es posible, aunque misteriosa. Todos sabemos que ha concedido aparecerse a Sus santos en *visiones*. Así se apareció a san Juan, como está relatado en el libro del Apocalipsis, y a san Pablo, cuando estaba en Corinto, y en Jerusalén varias veces, y en el barco. *Estas* apariciones no fueron una presencia verdadera de Cristo como podemos conjeturar, sino impresiones hechas divinamente, y sombras en la mente. Y del mismo modo podemos explicar Su aparición a san Esteban. Cuando ese bendito mártir dijo “Mirad, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre en pie a la diestra de Dios” (Hech 7, 56), podemos suponer que no vio esta gran escena realmente sino que tuvo una visión de ella. Estas, repito, pueden ser *visiones*, pero ¿qué diremos de la aparición de Cristo a san Pablo en su conversión, mientras iba de camino a Damasco? Porque allí el Señor Jesús fue visto claramente y escuchado por él, cerca suyo. “Cayó en tierra y oyó una voz que le decía: ‘Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?’ Él respondió: ‘¿Quién eres Señor?’ Y el Señor dijo: ‘Yo soy Jesús, a quien tú persigues’” (Hech 9, 4-5). Cómo fue esto no lo sabemos. No digo que un cuerpo pueda estar en dos lugares al mismo tiempo, sólo digo que aquí hay un misterio. En contraste con esta *vista real* del Señor, se nos dice luego que el Señor se apareció a Ananías *en una visión*. De aquí que, además, cuando Ananías llega hasta Saulo le dice que Dios lo había elegido para que él “vea al Justo y escuche la voz de sus labios” (Hech 22, 14). Y por eso, también, dice en su carta a los Corintios “¿No soy libre? ¿No soy yo apóstol? ¿Acaso no he visto yo a Jesús, Señor nuestro?” (1 Cor 9, 1). ¿Hubiera dicho esto si hubiese tenido sólo una visión de Él? ¿No es que había tenido no sólo una visión, sino mu-

chas más? Y también, después de mencionar la aparición de nuestro Señor a San Pedro, a los once, y a quinientos hermanos a la vez, y a Santiago, añade “y en último término se me apareció también a mí, como a un abortivo” (1 Cor 15, 8). Es decir, que habla de haber sido favorecido con una vista sensible de Cristo tan real, verdadera y material como la que habían tenido los otros apóstoles. San Pablo, entonces, vio y escuchó hablar a Aquel que está sentado a la diestra de Dios. Y esta visión material parece haber sido necesaria, por alguna razón desconocida, para el oficio de un apóstol, porque de acuerdo con las palabras de San Pablo, ya citadas, San Pedro dice, cuando va a ser elegido un apóstol en lugar de Judas: “Conviene que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de la resurrección” (Hech 1, 21-22). Y dice también a Cornelio: “A Él Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros...” (Hech 10, 40-41). Si San Pablo tuvo sólo una visión de Cristo, y no le vio “verdadera y ciertamente”, en ese caso no era un testigo de Su resurrección. Pero si *le vio*, es posible para Cristo estar presente con *nosotros* también, como estuvo con él.

Una vez más, se podría decir que San Pablo estuvo *consciente* de la presencia de Cristo en su conversión, y que verdaderamente *vio* la escena y *escuchó* los sonidos del paraíso, pero que nosotros no vemos ni oímos nada. Nosotros, pues, no estamos en presencia de Cristo a menos que seamos conscientes de la misma. Para salir al encuentro de esta objeción, volvamos al relato de las apariciones a Sus discípulos después de la Resurrección, que son más importantes, primero para mostrar que una inconsciente comunión con Cristo es posible, y luego que es probable que sea el tipo de comunión que se nos conceda ahora, desde la circunstancia de que en ese período

de cuarenta días después de la Resurrección, Él comenzó a estar con Su Iglesia en esa relación en la que todavía está, y probablemente intente indicarnos de ese modo lo que es Su presencia con nosotros ahora.

Observad cuál fue la naturaleza de Su presencia en la Iglesia después de Su Resurrección. Fue así: llegaba y se iba cuando quería; las sustancias materiales, como las puertas cerradas, no eran impedimentos para Su llegada; y cuando estaba presente Sus discípulos no lo conocieron de suyo. San Marcos dice que se apareció a dos discípulos que iban a la aldea de Emaús *bajo otra figura* (Mc 16,12). San Lucas, que hace un relato más largo, dice que mientras les hablaba su corazón ardía en su interior. Y es digno de ser señalado que los dos discípulos no parecen haber estado conscientes de ello en ese momento, sino que al mirar atrás recordaron como *haber* sentido eso, aunque no les conmovió mientras ocurría. Dicen: “¿No *estaba* ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24,32). Pero en el momento, sus corazones parecen haber estado refrenados (si puedo usar la expresión) tanto como sus ojos. Estaban recibiendo impresiones pero no podían *darse cuenta* que las estaban recibiendo; más tarde, sin embargo, llegaron a ser conscientes de lo que había pasado. Observemos también *cuándo* fue que sus ojos se abrieron: aquí somos introducidos de repente en la más elevada y solemne institución del Evangelio, pues fue cuando Él bendijo y partió el Pan que sus ojos se abrieron. Hay un acento evidente en esto, porque luego San Lucas resume su relato del acontecimiento con una alusión en particular: “Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan” (Lc 24,35). Así fue ordenado que Cristo no debiera ser visto y conocido a la vez, sino primero visto y luego conocido. Sólo por la fe se sabe que Él está presente; no es reconocido por la visión. Cuando abrió los ojos de Sus discípulos, desapareció al instante (Lc 24,31). Quitó Su presencia visible y dejó

sólo un memorial de Sí mismo. Desapareció de la vista para poder estar presente en un sacramento, para conectar Su presencia visible con Su presencia invisible. Por un instante se manifestó a los ojos de ellos; se manifestó a Sí mismo, si puedo hablar así, mientras pasaba de Su lugar escondido donde se le vio sin conocerle, al lugar en el que se le conoce sin verlo.

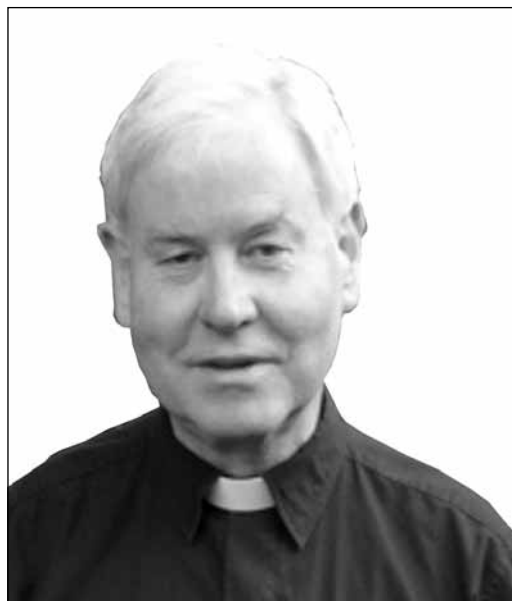
Considerad también el relato de Su aparición a Santa María Magdalena. Mientras ella estaba llorando frente a la sepultura Él apareció, pero no lo reconoció. Cuando se reveló a Sí mismo no desapareció al instante, pero no dejó que lo tocara, como si mostrara, de otro modo, que Su presencia en Su nuevo reino no tenía que ser sensible. A los dos discípulos no se les permitió *verlo* después de reconocerlo, y a Santa María Magdalena no se le permitió *tocarlo*. Pero luego, a Santo Tomás se le permitió verlo y tocarlo, y así tuvo la plena evidencia sensible, pero observad que nuestro Señor le dijo: “Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído” (Jn 20,29). Creer es mejor que ver y tocar.

Esto es suficiente como medio de sugerir pensamientos sobre este tema tan solemne y sublime. Cristo ha prometido que estará con nosotros hasta el fin del mundo, que estará con nosotros, no sólo como está en la unidad del Padre y del Hijo, ni en la Omnipresencia de la naturaleza divina, sino personalmente, como el Cristo, como Dios hecho hombre, no presente a nosotros de modo local y sensible, pero sí real, en nuestros corazones y a nuestra fe. Y esta comunión se lleva a cabo por medio del Espíritu Santo. Cómo no lo sabemos, y en qué consiste precisamente tampoco. A Él no lo vemos, pero tenemos que creer que lo poseemos, que hemos sido conducidos por virtud de Su mano sanadora, de Su hálito de vida, del maná que brota de Sus labios, y de la sangre que sale de Su costado. Y en el futuro, al mirar atrás, seremos conscientes de que hemos sido favorecidos así. Tal es el Día del Señor en que nos

encontramos como cumplimiento de las palabras del profeta: “Y vendrá el Señor mi Dios y todos los santos con Él. Aquél Día no habrá ya luz, sino frío hielo. Será único ese Día que sólo conoce el Señor; no será ni día ni noche, mas a la hora de la tarde habrá luz” (Zac 14, 5-7). Más aún, aún antes de que llegue el fin, los cristianos sentirán al mirar los años pasados, al menos hasta cierto punto, que Cristo ha estado con ellos, aunque no lo sabían y sólo lo creían por entonces. Incluso recordarán el arder de sus corazones. Más aún, aunque parecían incluso no creer cosa alguna entonces, sin embargo después, si se han acercado a Él con sinceridad, cuando menos lo esperen, experimentarán una suerte de fragancia celestial y sabor de inmortalidad brotando de sus mentes, como señal de que Dios ha estado con ellos, revisitando con resplandores de gloria todo lo que ha tenido lugar, y que antes les parecía sólo terrenal. Y esto es verdad, en un sentido, de todos los ritos y celebraciones de la Iglesia, de todas las cosas providenciales que nos ocurren, que al mirarlas hacia atrás, aunque parecían sin significado entonces, sin producir ningún sentimiento fuerte, o eran incluso dolorosas y desagradables, si nos sometemos a ellas en la fe son transfiguradas después, y sentimos que ha sido bueno para nosotros haber estado allí. Y tenemos así un testimonio, como recompensa de nuestra obediencia, de que Cristo ha cumplido Su promesa, y que, como dijo, está aquí a través del Espíritu, aunque está con el Padre.

Que Él nos permita probar plenamente Su generosidad y obtener una buena medida de bendición. “Hay un río. Sus brazos recrean la ciudad de Dios, santificando las moradas del Altísimo. Dios está en medio de ella, no será conmovida, Dios la socorre al llegar la mañana... ¡Basta ya; sabed que Yo soy Dios, sublime entre las naciones, excelso sobre la tierra! El Señor de los ejércitos está con nosotros, el Dios de Jacob es nuestro refugio” (Sal 46, 5.10-11).●

Agradecemos de corazón al padre Ian Ker el artículo que nos envía como motivo de nuestro 25° aniversario. Es uno de los más destacados especialistas del mundo en Newman, con más de veinte libros y muchísimos artículos publicados, entre los que destaca su imponente biografía, reeditada recientemente. Es párroco en Burford, cerca de Oxford, y profesor de Teología en St Benet's Hall, Universidad de Oxford.



Newman: analogía, imagen y realidad

IAN KER

TRADUCCIÓN
FERNANDO M. CAVALLER

1.

En su historia de la apologética, Avery Dulles llama a Newman “el apologeta católico líder del siglo XIX y uno de los más grandes de todos los tiempos”.¹ En su estudio acerca de Newman, como en el resto de este libro, Dulles se interesa solamente por los argumentos intelectuales, filosóficos y teológicos, que Newman despliega. Y ciertamente cuando uno piensa en Newman como apologeta, inmediatamente piensa en tres obras que Dulles estudia: su *Ensayo sobre una gramática del asentimiento*,

con su famoso argumento para la existencia de Dios a partir de la conciencia, su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, donde arguye que la Iglesia Católica Romana es la heredera de la primitiva Iglesia, y su *Apología pro vita sua*, su autobiografía teológica en la cual relata el desarrollo teológico que lo llevó a Roma. Pero Newman era también un apologeta persuasivo de la imaginación tanto como del intelecto, una distinción que el autor de la *Apología* entendía bien, como puede verse fácilmente al comparar lo que dice en la *Apología* con lo que no nos dice.

El modelo de Newman al escribir el libro fue otra autobiografía teológica, *La fuerza de*

¹ Avery cardinal Dulles, *A History of Apologetics* (San Francisco: Ignatius Press, 2005), 245.

Concilio de Calcedonia



la verdad (1779), en la cual Thomas Scott (1747-1821), con quien Newman se reconoce deudor,² relata su conversión del unitarismo al trinitarismo cristiano en términos estrictamente intelectuales, eludiendo los factores personales y experienciales implicados. De modo similar, la autobiografía de Newman se limita casi enteramente a su desarrollo estrictamente teológico. Como Scott, Newman estaba ansioso de presentar un relato lo más objetivo posible y evitar cualquier apariencia de estar influenciado por factores subjetivos. Y sabemos que, por consiguiente, no cuenta de hecho toda la historia de su gradual desconversión del anglicanismo y conversión al catolicismo.³ Y lo más importante de todo es que casi hace silencio acerca del efecto en su imaginación del decisivo viaje de 1832-33 por el Mediterráneo, inmediatamente anterior al comienzo formal del Movimiento de Oxford. Sus visitas a Malta, Corfú, y especialmente a Roma y Sicilia, las trata en seis párrafos, cuando las cartas y los poemas que escribió en su viaje, así como el relato extraordinariamente vívido que

escribió más tarde de su casi fatal enfermedad en Sicilia, muestran qué crucial fue este tiempo de intensas experiencias para su posterior desarrollo religioso. En efecto, en el siguiente capítulo de la *Apología*, admite que “la vista de tantos grandes lugares, santuarios venerables, y nobles iglesias, impresionaron mucho mi imaginación”. Recuerda que su “corazón fue tocado también” por el culto y las devociones católicas, y aunque su “razón no fue afectada de ningún modo”, pues su “juicio contra la Iglesia Católica, vista como institución, era tan verdadero como siempre había sido”, sin embargo “aprendió a tener sentimientos afectuosos hacia ella”, aun cuando su “imaginación” estaba aún “manchada” por su convicción evangélica de que el papa era el “Anticristo”.⁴ Aun así, es ciertamente innegable que las semillas imaginativas de la eventual conversión de Newman a Roma fueron sembradas durante sus viajes por el sur de Europa, cuando experimentó el catolicismo por vez primera y de primera mano.

De hecho, no fue sino hasta el fatídico verano de 1839 que “por primera vez vino una duda” sobre Newman “de lo sostenible del anglicanis-

2 Apo. 18.

3 Para este silencio de su experiencia como diácono trabajando en una parroquia y el efecto que esto produjo en su evangelismo, ver AW 79.

4 Apo. 20, 58-9.

mo”. Estaba estudiando la historia de la herejía monofisita cuando de pronto le pareció ver que “se reflejaba la cristiandad del siglo XVI y XIX. Vi mi cara en el espejo, y yo era un monofisita”. Pensó que había visto una analogía profundamente perturbadora, “una similitud tremenda”.⁵ Después del Concilio de Calcedonia (451), que sostuvo la doctrina del papa León acerca de que Cristo no era solamente *de* sino *en* dos naturalezas, los adherentes a la herejía monofisita se dividieron en dos partidos, siendo llamados **eutiquianos** los más extremistas. Lo que golpeó con fuerza a Newman fue que los monofisitas moderados ocupaban, en efecto, una *via media* o camino medio, ni aceptando la enseñanza del Papa que sostenía el Concilio ni adoptando la posición extrema de los eutiquianos. En otras palabras, los monofisitas moderados se parecían de modo inquietante a los anglicanos tractarianos como Newman, que se veían a sí mismo ocupando una *via media* entre Roma y Ginebra. Ahora bien, las analogías tiene que ser vistas por la imaginación, no son la conclusión de un razonamiento teológico. Newman no se hizo católico inmediatamente, pero había visto sin duda “un fantasma”, aun cuando eventualmente “la vívida impresión sobre su imaginación se desvaneció”.⁶

En el mismo comienzo del Movimiento de Oxford Newman había señalado la importancia de la imaginación para la apologética. Investigar acerca de la Iglesia de los Padres era crucial para desarrollar o recuperar una teología católica para la Iglesia de Inglaterra. Pero esa no era la única razón: él mismo estaba, escribió, “metiéndose en los Padres con la esperanza de hurgar pasajes de historia que puedan preparar las imaginaciones de los hombres”.⁷ Este “hurgar” llevó a una serie de “Cartas sobre la Iglesia de los Padres” en el *British Magazine*, la primera de las cuales apareció en octubre de 1833, y

fueron republicadas como libro con el título *La Iglesia de los Padres* (1840). La idea era poner ante las imaginaciones de la gente la Iglesia de los primeros siglos, para mostrar qué diferente era la Iglesia primitiva tanto de la Iglesia establecida de Inglaterra como del protestantismo bíblico. Más tarde, Newman tuvo la idea de comenzar una serie de pequeños volúmenes en prosa y en verso, esperando “encontrar colaboración de señoras”. Para contrarrestar la ficción evangélica y romano-católica escribió: “Mucho no queremos, de nuestro lado, cuentos para captar las imaginaciones de la gente”.⁸ De su propio hermano Frank, que abandonaría el cristianismo, pensó que nunca se convertiría en “católico”, es decir, en anglocatólico, porque “le falta mucha imaginación”.⁹ En *La biblioteca de Tamworth* 1841, Newman insistió estupendamente bien (con alguna exageración) de que “las deducciones no tienen poder de persuasión”: “Al corazón se llega comúnmente, no por la razón, sino a través de la imaginación, por medio de impresiones directas, por el testimonio de hechos y acontecimientos, por la historia, por la descripción. Las personas nos influencias, las voces nos hacen derretir, las miradas nos subyugan, los hechos nos inflaman”.¹⁰

Siendo tal es poder de la imaginación, Newman era muy consciente de que podía ser usada tanto en contra como a favor de la fe religiosa. En uno de sus *Sermones Universitarios*, advierte que “la influencia del mundo, vista como el enemigo de nuestras almas, consiste en apresar nuestra imaginación”, pues “nos vence... imponiéndose a nuestra imaginación”; siempre está lista para “cautivar [nuestras] imaginaciones”, “asedia [nuestra] imaginación”, “intoxica la imaginación de [sus] miserables víctimas”.¹¹ En Idea de una Universidad señala que lo que

5 Apo. 108-9.

6 Apo. 111.

7 LD iv. 24.

8 LD vi. 66, 238.

9 LD vii. 315

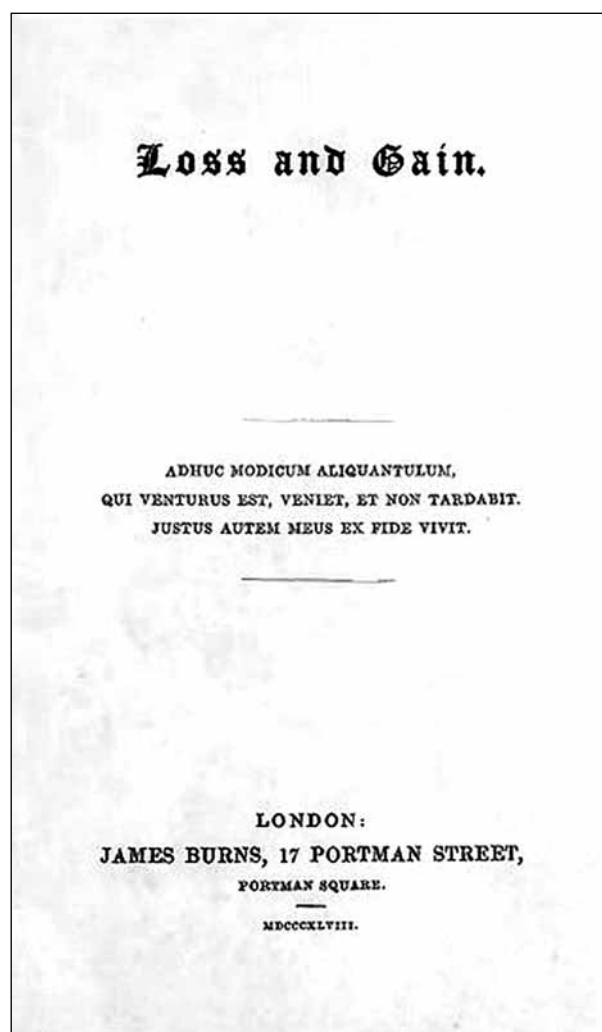
10 DA 293.

11 US 122, 124, 132, 149, 284.

puede “fácilmente seducir la imaginación... no tiene fuerza para persuadir la razón”, aunque en la práctica la aparente incongruencia entre razón y revelación puede afectar mal la “imaginación”, no porque en realidad la razón pueda deducir cualquier cosa contraria a la revelación sino porque, no obstante, la “imaginación queda desconcertada”, por lo que aparece “extraño a la imaginación”.¹² En la *Gramática del asentimiento* acusa a filósofos como Hume, que rechaza sin más la posibilidad de los milagros al permitir a su “imaginación” usurpar “las funciones de la razón”, mientras que “la imaginación debería “seguir la guía de... la razón”, “debería siempre estar bajo el control de la razón”.¹³ Por eso, señala en su *Anotaciones filosóficas*, “la religión es algo sobrenatural”, y como la naturaleza está “más cerca” de nosotros, la religión “puede fácilmente aparecer a nuestra imaginación como antinatural”. Si la imaginación rehúsa escuchar al sentido común, entonces solamente “la gracia” puede someter una imaginación tan “malsana”, porque la razón no puede al ser la imaginación “irracional”.¹⁴ “La imaginación es distinta de la razón”, aunque puede ser “confundida con ella”, y hecha “medida de la verdad” porque es experiencia, con el resultado de que los que “extraño” para ella es “falso”. Por consiguiente, Newman concluye que “la imaginación, no la razón, es el gran enemigo de la fe”. De aquí que cuando Hume rechaza la religión revelada por “ir contra la experiencia”, está apelando realmente a la imaginación, no a la razón.¹⁵

2

Newman publicó cuatro libros en particular que contienen una apologética imaginativa,



Portada de la primera edición de *Perder y Ganar*.

dos novelas y dos colecciones de conferencias. Su primera novela, *Perder y ganar. La historia de un converso* (1848), insiste en que “no fue pensada como una obra de controversia en nombre de la religión católica”, sino más bien, dice, como “una descripción...del curso de pensamiento y estado de mente” que lleva a alguien al catolicismo.¹⁶ Como señala correctamente, difícilmente se encuentra en ella algún “argumento” teológico: “Apenas trata de doctrina”.¹⁷ El héroe de la novela, Charles Reding, es un estudiante que encuentra en Oxford representantes de varias

12 Idea 192, 325-6, 375.

13 GA 58, 83, 144

14 Phil. N. ii. 135, 195.

15 T.P. i. 47, 115.

16 LG vii.

17 LD xii. 194.



Grabado alegórico típico de un misal católico de la época de Newman.

clases de anglicanismo –evangélico, latitudinario, anglocatólico– y los halla a todos culpables de “irrealidad e incongruencia”.¹⁸ Estos defectos, más intelectuales que morales, son el blanco habitual de Newman como escritor satírico,¹⁹ y gran parte de la novela está ocupada en satirizar, a menudo con mucha gracia, la conversación de estos estudiantes y profesores. Pero al final de la novela este tipo de apologética es reemplazado por otro muy diferente, cuando encontramos a Reding en una celebración católica por primera vez, esperando ser recibido en la Iglesia.

El punto que Newman quiere remarcar es que el catolicismo es esencialmente un tipo de religión diferente al anglicanismo, pues apela a la imaginación más bien que al intelecto. El catolicismo no es simplemente anglicanismo más un número de doctrinas, a favor o en contra de las

cuales pueden hacerse argumentos teológicos. Para marcar este punto, el autor ha elegido para la primera celebración católica de Reding la bendición eucarística, no la misa. Y la razón es que, mientras en la bendición los fieles participan vocalmente, en la misa tridentina de la época de Newman no había participación vocal de los fieles, ya que el monaguillo daba las respuestas requeridas, como también hacía el clérigo en los servicios anglicanos.

Reding pensó que nunca había estado presente antes en el culto, tan absorta era la atención e intensa la devoción de los fieles. Lo que particularmente le conmovió fue que, mientras en la Iglesia de Inglaterra el clérigo o el órgano era todo y la gente nada, excepto en cuanto el clérigo era su representante, aquí es justo al revés. El sacerdote raramente hablaba, o al menos audiblemente, pero la feligresía toda era como un sólo instrumento o panharmónicum, moviéndose juntos, y lo más notable, como si lo hicieran por sí mismos. No parecían requerir a nadie que los incitara o dirigiera, aunque en la letanía el coro hacía las partes alternadas. Las palabras eran en latín, pero cada uno parecía entenderlas a fondo. Reding no podía sino reconocer: “Esta es un religión popular”.²⁰

Cuando Newman comenzó a leer el breviario romano siendo todavía anglicano, se sorprendió por “la brevedad de las oraciones”, pues “las oraciones largas...llegaron con la Reforma”. Así también, en vez de “largos pasajes de capítulos”, había “porciones cortas y cortadas”. Después de hacerse católico Newman comentó que la “repetición...de formularios simples y familiares a todos, pienso que por la experiencia se verá que son prácticamente los mejores medios de asegurar la oración, y la unión de oración, en las muchedumbres...Las letanías responden al mismo propósito”.²¹ Lo mismo era verdad del rosario,

18 LD xv. 399.

19 See Ian Ker, ‘Newman the Satirist’, in Ian Ker and Alan G. Hill, eds., *Newman after a Hundred Years* (Oxford: Clarendon Press, 1990), 1-20.

20 LG 426.

21 LD vi. 47-8; VM i. 121, no.9.

que Reding escucha rezar antes de la letanía y la bendición: “Era rápido, alternado, y monótono, y parecía interminable...”.²² Por el contrario, el lenguaje del Libro de Oración Común anglicano, aunque podía ser apreciado por la gente educada por su belleza literaria, era difícilmente un vehículo apropiado para el culto popular, con sus cadencias complicadas y larguísimas.

Por contraste, Reding sólo podía admirarse ante un culto tan diferente del anglicanismo y tan sin clases: “Qué maravilla”, se dijo Charles a sí mismo, “que la gente llame a este culto formal y exterior; parece poseer a todas las clases, jóvenes y viejos, pulidos y vulgares...”. Después de la letanía viene la bendición con el Santísimo Sacramento, y Reding se da cuenta de pronto: “Era la Gran Presencia, que hace a una iglesia católica diferente de cualquier otro lugar en el mundo...”.²³ Como Willis, un compañero que precede a Reding en la Iglesia Católica, observa que “La idea del culto es diferente en la Iglesia Católica de la que existe en tu Iglesia, porque, en verdad, las religiones son diferentes”. El culto católico no consiste esencialmente en leer palabras de un libro como el Libro de Oración Común anglicano: “Yo podría estar en misas para siempre y no cansarme. No es una mera forma de palabras, es una gran acción, la acción más grande que pueda haber sobre la Tierra. No es meramente la invocación, sino...la evocación del Eterno. Él se hace presente en el altar en persona, ante quien los ángeles se inclinan y los demonios tiemblan”. La misa católica es un drama centrado en un acontecimiento que es accesible por igual a todos los fieles: “Cada uno en su lugar, con su propio corazón, con sus propias necesidades, con sus propios pensamientos, con sus propias intenciones, con sus propias oraciones, separados pero concordes, atentos a lo que está sucediendo, contemplando su desarrollo, uniéndose en su consumación, no siguiendo dolorosa-

mente y sin esperanza una dura forma de oración de principio a fin, sino como un concierto de instrumentos musicales, cada uno diferente pero coincidiendo en una dulce armonía”.²⁴

Perder y ganar concluye con el héroe, ya desilusionado con la incongruencia e irrealdad del anglicanismo, que se encuentra por vez primera con la realidad concreta del culto católico, tan diferente del anglicano. El atractivo final del catolicismo no apelaba a su intelecto sino a su imaginación. Cuando Reding observa a los fieles persignándose con agua bendita al entrar a la iglesia, prendiendo velas ante las estatuas de los santos, esperando para confesarse, arrodillándose ante el Sacramento reservado, experimenta en efecto, como pone Newman en una carta, “la Expiación de Cristo...no [como] una cosa distante, o como el sol parado encima contra nosotros y separado de nosotros”, sino que ahora se siente “rodeado por una atmósfera...a través de la cual su calor y su luz fluye sobre nosotros por todos lados”.²⁵

3

El contraste entre realidad e irrealdad es nuevamente el tema central de las *Conferencias sobre ciertas dificultades que sienten los anglicanos al someterse a la Iglesia Católica* (1850), una obra que se conoce usualmente como *Dificultades de los anglicanos*. Estas conferencias estaban dirigidas a los tractarianos o a los anglocatólicos, cuyas filas había dejado Newman sólo cinco años antes. La primera consideración con la que les insiste es el mal uso de la imaginación: “No debemos dar rienda suelta a nuestra imaginación, no debemos soñar; debemos mirar las cosas como son... no debemos complacer a nuestra imaginación en la mirada que tenemos del sistema nacional. Si, en efecto, lo vestimos de forma ideal como si fuera algo real...como si fuera en los hechos y no sólo de nombre una Iglesia, entonces por cierto pode-

22 LG 425.

23 LG 427.

24 LG 327-9.

25 LD xii. 224.

mos sentir interés en ella, y reverenciarla, y sentir afecto por ella, como se enamoran los hombres de las pinturas, o los caballeros románticos van a la batalla por damas importantes que nunca han visto. De aquí que los estudiosos de los Padres, anticuarios y poetas, comienzan por asumir que el cuerpo al que pertenecen es ese del cual leen en tiempos pasados, y entonces proceden a decorarlo con esa majestad y belleza que cuenta la historia, o que el genio de ellos crea”. Newman está hablando de sí mismo aquí, como “un estudioso de los Padres, que había intentado alguna vez imaginar así la Iglesia de Inglaterra. En su propio caso, sin embargo, el encanto se había roto: “Al final, sea por la fuerza de las circunstancias o algún accidente inesperado se disipó, y, así como en los cuentos de hadas el castillo mágico se desvanece cuando se rompe el encantamiento, y no se ve nada excepto el brezo salvaje, la roca árida, y el abandonado camino de ovejas, así es con nosotros respecto a la Iglesia de Inglaterra cuando miramos con asombro lo que pensábamos era tan sobrenatural y encontramos tan vulgar o sin valor”.²⁶

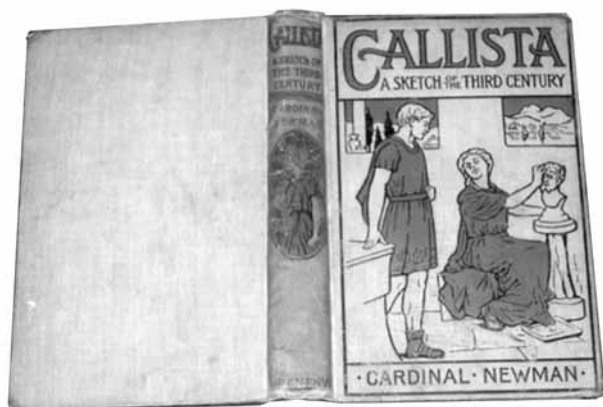
Pero aunque Newman diga que descubrimos que “no hemos sido guiados por la razón”, esto no significa que rechace un papel positivo para la imaginación. Sin la imaginación Newman mismo nunca hubiese llegado a ser católico, como él dice: “Cuando era aún un muchacho, mis pensamientos se dirigieron a la Iglesia primitiva, y especialmente a los Padres primitivos, hojeando la *Historia de la Iglesia* del calvinista [Joseph] Milner, y nunca he perdido ni se ha suspendido la impresión, profunda y placentera, que dejaron en mi mente sus semblanzas de san Ambrosio y san Agustín. Desde esa época la visión de los Padres fue siempre para mi imaginación, puedo decir, un paraíso de deleite...” Aun así, el objeto de la imaginación deber ser real, y es la razón que determina esa realidad. Porque no es que la imagen de la Iglesia primitiva sea una fantasía, sino que es el esfuerzo imaginativo de identificar

esta imagen con la Iglesia de Inglaterra lo que es fantasioso, pues la imagen es de hecho la imagen de la Iglesia Católica Romana. Y para Newman fue al final “la pintura vívida” que “la historia nos presenta” la que abrió sus ojos para identificar la imagen de la Iglesia de los Padres con la de la Iglesia Católica Romana.²⁷

Como hemos visto, la primera premonición que conmovió a Newman de que esta podía ser la realidad, fue cuando su imaginación pareció ver una analogía histórica, en extremo inquietante. Describe en *Dificultades de los anglicanos* (como lo iba a hacer con gran detalle en la *Apología*) cómo en 1839 su estudio de la herejía monofisita y el Concilio de Calcedonia “implantaron” una duda en su mente del “principio fundamental del anglicanismo...que nunca fue erradicado”: “Pensé que veía... una clara interpretación del estado presente de la cristianidad”. En 1841, de modo similar, cuando retomó el estudio de la herejía arriana, y el Concilio de Nicea, apareció ante sus ojos “el mismo fenómeno”. Lo que Newman “vió” fueron “una serie de prototipos” de la *Via Media* anglicana: “Lo que era la sede de Roma entonces lo es ahora...lo que Arrio, Nestorio o Eutiques eran entonces lo son hoy Lutero y Calvino; lo que era la Corte bizantina entonces lo es ahora el Gobierno de Inglaterra...La vieja herejía no está muerta, vive... nos vemos nosotros mismos en ella, como en un espejo, y si la *Via Media* era herética entonces, es herética ahora”. Newman concluye: “Había una tremenda similitud, más tremenda por ser silenciosa y desapasionada, entre los registros muertos del pasado y la crónica febril del presente”. Una analogía como esta había sido “vista” por la imaginación, y Newman admite que “no sabía cómo transmitir esto a otros en uno o dos párrafos”. Nuevamente, era la imaginación tanto como la razón la que veía una analogía entre el desarrollo de la doctrina en la Iglesia primitiva y el que se daba en la moderna Igle-

26 Diff. i. 4-6.

27 Diff. i. 6, 370-1, 379



Una de las primeras ediciones de *Callista*.

sia Católica Romana: “La fuerza de esto, para mí un argumento inefablemente sólido, no tengo esperanza de transmitirlo a otro”.²⁸

El argumento imaginativo desde la analogía es crucial para la acusación de Newman contra el anglocatolicismo, porque es a través del imaginativo reconocimiento de analogías como son reveladas las realidades. De aquí que Newman concede que “los Padres han catolizado la Iglesia protestante en casa”, pero solo “más o menos como la Biblia ha evangelizado a las religiones mahometana o hindú en el extranjero”. Porque así “como los turcos estarían seriamente resentidos al escuchar el Evangelio en boca de sus mufitis y mulás, así fue, y es, provocada, no persuadida, la Nación inglesa, por la predicación católica en el establishment”. O también, si los anglocatólicos quieren argumentar desde los “efectos sensibles de la gracia sobrenatural” de que ellos son parte de la Iglesia Católica, entonces, Newman pregunta cruelmente, ¿qué debería decirse de los metodistas que muestran “fenómenos mucho más señalados en su historia, síntoma de la presencia de la gracia entre ellos, que lo que muestra vuestra historia?” Entonces, el cargo de que la Iglesia Católica Romana no goza de hecho de ninguna mayor unidad real que la de la Igle-

sia de Inglaterra, como muestra por ejemplo la difusión de la herejía jansenista que duró cerca de 200 años, es un cargo fácilmente aplicable a la Iglesia primitiva infectada desde dentro por la herejía monofisita que duró entre 400 y 500 años. Y en cuanto a la mera presencia de cuerpos cristianos rivales, “este fenómeno es sólo un ejemplo de un hecho grande y amplio...que la verdad es combatida no solamente por contradicciones directas que son inequívocas, sino también por pretensiones de un carácter tal como para engañar a los hombres a primera vista”. Los falsos profetas en el Antiguo Testamento ejemplifican esto. Y así, desde el principio. “la Iglesia fue una comunión entre muchas que llevaban el nombre de cristiana, algunas de ellas más instruidas y otras pretendiendo una mayor estrictez que ella misma...De aquí viene la famosa advertencia de los Padres de que si uno de los fieles fuera a una ciudad extraña no debe preguntar por la ‘Iglesia’...sino por la Iglesia Católica”. A diferencia de las Iglesias ortodoxas, algunas de los primitivos cuerpos heréticos rivalizaban verdaderamente con la Iglesia Católica en su universalidad. Y en cuanto a las pretendidas divergencias del catolicismo romano con la Iglesia patrística, ¿no son los anglicanos los que debieran dar cuenta “en tantas cosas, de su propio y grave apartamiento de la doctrina y el ritual primitivos?” Se requiere la imaginación, tanto como la razón, para ver semejantes analogías, así como sin “el juicio de la razón” la imaginación puede ser arrollada por la visión de “tantas naciones y razas que han guardado el nombre de cristianas, pero abandonando el catolicismo”, o por el “número, el poder y la nobleza” de los ortodoxos.²⁹

4

La restauración de la jerarquía inglesa católica en 1850 y la elevación del obispo Nicholas Wiseman al cardenalato produjo una violenta agitación contra la así llamada “agresión papal”,

28 Diff. i. 373-4, 379, 387-8, 396.

29 Diff. i. 9-10, 68, 88, 337, 330, 344.342, 365,

que fue solo exacerbada por el triunfalismo de la carta pastoral que Wiseman consideró adecuado publicar. Al año siguiente Newman dio una serie de conferencias públicas, publicadas como *Conferencias sobre la posición actual de los católicos en Inglaterra*, en la cual confrontaba al tradicional anticatolicismo inglés. Su deseo era mostrar que el arraigado prejuicio estaba fundado no en la razón sino en la imaginación.

Podía probarse que las historias escandalosas que circulaban contra los católicos no tenían fundamento de hecho; una “impresión” había sido “creada o ahondada...de que un monje cometía asesinato y adulterio mientras cenaba”. Es porque “el catolicismo apela a la imaginación, como realidad, cuando ella llega”, que el protestantismo tiene que imprimir sobre la imaginación popular que la Iglesia Católica es el “anticristo”. Tales impresiones “no dependen más tarde sobre los hechos o razonamientos por los cuales fueron producidas, más que un golpe, una vez dado, continúa conectado con la piedra o el palo que lo dio”. El prejuicio anticatólico simplemente permanece como una “mancha en la mente”. Sin embargo, una imagen que ha manchado la imaginación protestante puede ser usada contra el mismo protestantismo. Por eso, no es un país católico sino la misma Inglaterra protestante que, “tanto como concierne a la religión. Realmente debe ser llamada un gran convento, o mejor aún, un asilo para desamparados; las viejas pinturas cuelgan de las paredes; la Iglesia universal es dibujada por todos lados como un dragón o un grifo; ningún rayo de luz encuentra su camino dentro o desde dentro; la pesada atmósfera refracta y distorsiona semejantes rayos dispersos en cuanto entran”.³⁰

Para ridiculizar la tradición antipapista, Newman despliega la más provocativa y vívida imagería que pueda encontrarse en sus escritos. De cara al aparentemente irrefutable

prejuicio nacional que afrenta a “la razón y la imaginación”, demanda saber “cómo es que se nos grita en contra junto a las mismas piedras, ladrillos, tejas, y chimeneas”. La verdad es que “la tradición protestante, dejada a sí misma, languidecería y declinaría con el correr del tiempo”, pero para la Iglesia Establecida “ninguna forma de opinión viene mal, aunque a Roma no puede soportarla”. Su “deber especial, por consiguiente, “no es inculcar algún sistema teológico determinado, sino velar por la tradición anticatólica, preservarla de la herrumbre y la decadencia, mantenerla luminosa y viva, lista para la acción en cualquier emergencia o peligro”. Tiene que ver principalmente con “catalogar y clasificar los textos que son para criticarnos, las objeciones que deben estallar entre nosotros, y las insinuaciones y calumnias que están para segarnos”. Es la misión especial de la Iglesia Establecida ser “el Guardián ordinario de aquellos caracteres tipográficos y moldes desde los cuales el papado debe ser siempre llevado a la imprenta”. Su éxito reside en producir el prejuicioso inglés protestante que, “como un hombre que ha estado por largo tiempo en una posición...se acalambra e inutiliza, y tiene dificultad y dolor...al estirar sus piernas, enderezarlas, y moverlas libremente”. En su parecer, la Iglesia Católica “debe contentarse con vegetar, como una planta enfermiza en algún patio trasero o en alguna ventana de guardilla”. Él, por su parte, “es intensamente consciente de estar en una situación muy deseable, y su oponente en los barrios bajos, y le habla desde arriba, como desde de la ventana de un salón”.

Tan industriosa es la tradición anticatólica que puede manufacturar productos más durables que los de la industrial Birmingham: “Las reuniones y predicaciones que van siempre contra nosotros en todas partes, aunque puedan no tener ninguna fuerza argumentativa, son, aun así, inmensas fábricas para la producción del prejuicio, un artículo muy cuidadosamente elaborado por medio de estos esfuerzos, y más durable en su textura que cualquier tipo de ferretería u otras producciones materiales, que son el alarde

30 Prepos. 44, 95, 224, 231, 233.

de una ciudad como esta”. Los intentos católicos de responder al prejuicio protestante están condenados de entrada. “Si, por ejemplo, una persona no puede abrir la puerta, o meter la llave en la cerradura, lo cual ha hecho antes cientos de veces, vosotros sabéis cuán apto es él para sacudirla, golpearla y forzarla, como si le hubiese dicho un gran insulto al resistirse; vosotros sabéis cuán sorprendente sea una avispa u otro insecto grande, y que él no pueda pasar por el vidrio de la ventana. Tal es el sentimiento del hombre prejuicioso cuando le urgimos con nuestras objeciones: no ablandado del todo por ellas, pero muy exasperado...”. Cuando se enfrenta con conversiones al catolicismo, “el hombre prejuicioso tiene un último recurso, simplemente olvida que fueron protestantes.... se mezclan en la gran niebla en la que, a sus ojos, todo lo católico está envuelto: son habitantes en la tierra del romance y la fábula; y si los contempla confusamente sumergiéndose y tropezando en la niebla, son como los grifos, dragones y salamandras, la prole del papismo, como se dice de jugar en las profundidades del mar o vagar por las arenas centrales de África”. Los esfuerzos católicos por ser conciliadores no tienen esperanza, porque “nuestros avances son recibidos como si fueran los de algún horrible mandril, o perezoso, o víbora de cascabel, o sapo, que se esforzara por hacerse simpático”. En cuanto a las creencias católicas, es tan verosímil que “sean admitidas en la imaginación protestante, como lo es que una vela prendida permanezca ardiendo cuando se la mete en un vaso de agua”. Cuando se hace referencia a las doctrinas católicas, “están en los opúsculos protestantes arrancadas de raíz o plantadas cabeza abajo”, no “como fueron encontradas en nuestro propio jardín”. En cualquier caso, son demasiado “grandes para ser confortablemente acomodadas en una cáscara de nuez protestante”. Porque así como el protestantismo tiene sus “textos” bíblicos, así también tiene “sus astillas, virutas, trozos de ladrillos, tiestos, y otros materiales sobrantes de la Ciudad Celestial, que forman los ejemplares autenticados y etiquetados de lo que la religión católica es en este gran Museo nacional”.

De modo similar, los protestantes prefieren “guardar una conveniente distancia de nosotros, medir los ángulos, calcular los senos y cosenos, y resolver un proceso algebraico, donde el sentido común les ordenaría hacernos unas pocas preguntas”. Es porque “los católicos deben ser estudiados desde fuera y no inspeccionados desde dentro” que “los textos y fórmulas deben prevalecer sobre hechos amplios y luminosos, y “uno grano de lógica protestante debe pesar más que montones de testimonio católico”. Y en cuanto a cualquier conocimiento personal, “si cayeran las figuras de alguna vieja pieza de tapicería, o un león rampante de la puerta de una taberna caminara de pronto por las calles, un protestante no estaría más sorprendido que ante la idea de que nosotros tenemos nervios, corazones y sensibilidades”. Por cierto, “Ellos harán todo lo que esté en su poder para no veros; cuanto más os acerquéis, ellos cerrarán sus párpados más apretadamente, y estarán muy enojados y asustados, y darán la alarma como si vosotros fuerais a asesinarlos”. Tan poderoso y apasionado es el anticatolicismo que si “el catolicismo fuera quitado del mercado”, el “escándalo” sería quedarse sin “su comida corriente y sus lujos baratos”, mientras el prejuicio “que no podría ayunar ni un día”, “estaría en un tormento inexplicable, y llamaría persecución papista ser mantenido en esta suerte de escasez de cuaresma, y haría sacudir a la Reina y el Parlamento con la violencia de sus convulsiones, ya que nunca más chuparía los dulces huesos de un católico ni bebería su sangre”. De hecho, “el prejuicio está siempre reclamando comida, se solicitan constantemente provisiones para su consumo cada día, y por lo tanto son servidas en incesante sucesión, siendo los proveedores Titus Avena, María Monje, y Jeffreys, y los cocineros los oradores de la tribuna y el púlpito”. Siendo el protestantismo “la moneda corriente del reino”, existe “una incesante e incansable circulación de protestantismo por todo el país, los 365 días del año de la mañana a la noche”. Los conversos al catolicismo, por tanto, presen-

tan un extraño fenómeno para la gran tradición protestante anticatólica, a cuyos campeones se les advierte: “estad seguros de hacer vuestro juego sentados”, manteneos a cubierto, y desde allí “abrid vuestra amplia boca, y reunid vuestros epítetos retumbantes y vuestras frases pretenciosas, y descargad vuestra concentrada malignidad”.³¹

Como en *Dificultades de los anglicanos* (*Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic teaching considered*), las analogías son desplegadas para “poder entrar” en la “imaginación” protestante. Por eso, hay un relato cómico de una imaginaria acusación a la constitución británica por parte de un conde ruso, que nunca ha visto o visitado Inglaterra ni tampoco estudiado su historia, “pero que ha hojeado a Blackstone y algunos escritores ingleses, y ha recogido hechos de tercera o cuarta mano, y los ha juntado en un crudo fárrago de ideas, palabras y ejemplos, con un poco de verdad, y gran cantidad de falsedad, tergiversación, sinsentido, e invención”. La pintura resultante es una absurda caricatura, como la que la tradición protestante no papista ha impreso en la imaginación inglesa. Por ejemplo, ha llegado ser “familiar a un inglés admirarse y tener lástima de las reclusos y devotos que se rodean con un alto muro, y gritar preguntando qué hay del otro lado, ¿pero hubo siempre un ejemplo semejante de fanatismo autosuficiente, denso y ridículo, como el que levanta muros en las mentes de nuestros compatriotas para no conocer uno de los fenómenos más señalados que ha visto la historia del mundo?” Ciertamente es extraordinario que en una “era inquisitiva, cuando se escalan los Alpes, se sondean los mares, se escudriñan las minas, se tamizan las arenas, se separan las rocas en especies, y se cazan y catalogan las bestias salvajes, los ingleses sepan tan poco de los sentimientos, usos, motivos e ideas religiosas de doscientos millones de cristianos derramados aquí y allá, entre ellos



Newman dictando las conferencias sobre *Dificultades de los anglicanos*, 1850.

y alrededor de ellos, como si fueran, no digo tártaros o patagones, sino habitantes de la Luna”. Y así, el inglés protestante que desprecia al monje o monja de clausura, se “encierra” a sí mismo, y a pesar de su alardeado conocimiento del mundo es totalmente ignorante acerca de los católicos, acerca de los cuales tiene tanto para decir”.³²

Newman aprovecha todo lo posible su ataque a la imaginación protestante reclutando analogía tras analogía. ¿Por qué está bien para los irlandeses protestantes venerar una estatua de Guillermo de Orange, pero no un crucifijo? Los protestantes objetan las imágenes en las iglesias católicas y sin embargo están bastante felices de quemar la efigie del papa, pero entonces, ¿por qué es pueril honrar una imagen, si no es pueril

31 Prepos. 2, 74-6, 178, 195, 200, 240, 245, 265, 303, 331-2, 341-2, 350, 355, 358-9, 366, 371-2, 376.

32 Prepos. 26, 43-4, 303.

deshonrarla?” Los protestantes están escandalizados por las referencias católicas a la “omnipotencia” de la Virgen María, pero están bastante contentos al hablar de la “omnipotencia del Parlamento”. Así como los protestantes entienden que el aviso “toque la campana” presupone “si usted tiene un asunto adentro”, los católicos entienden que las indulgencias presuponen pero no dan la absolución sacramental. Los protestantes objetan el énfasis católico sobre la tradición, pero ¿en qué se basa el anticatolicismo salvo en “tradición inmemorial”, tradición inauténtica? Los protestantes valoran la libertad de pensamiento, “pero no sueñan en practicarla con nosotros”. ¿Y por qué objetan que los protestantes, que hacen uso del juicio privado, se hagan católicos? Los reformadores originales usaron su “juicio privado” contra la Iglesia, pero “había suficiente juicio privado en el mundo, pensaron, cuando ellos mismos lo habían usado. De modo que, a la fuerza cerraron la puerta que ellos habían abierto, e impusieron sobre la gente que habían reformado una tradición artificial propia, en vez de la libertad de inquirir y disputar”.³³

Las *Conferencias sobre la posición actual de los católicos en Inglaterra* no es ciertamente una obra de apologética en el sentido normal. No es un intento de ofrecer una respuesta teológica a las objeciones protestantes al catolicismo. Pero como una pieza maestra de la sátira, puede muy bien ser llamada apologética en un sentido imaginativo.

5

En un sermón de 1873 con motivo de la apertura de un nuevo seminario, Newman previno a los seminaristas de que las pruebas que yacen ante nosotros son tales, que habrían horrorizado y mareado incluso a corazones corajudos como el de san Atanasio, san Gregorio I, o san Gregorio VII: Y hubieran confesado que, aunque el

oscuro panorama de su propia época les era muy severo, el nuestro es de un tipo de oscuridad diferente de todas las que ha habido antes.

El fenómeno al que hace referencia Newman es lo que hoy llamaríamos “secularización”. El cristianismo “nunca había tenido experiencia de un mundo sencillamente irreligioso”.³⁴ hasta el siglo XIX. La Iglesia había tenido plena experiencia en el trato con paganos, pero no de un mundo donde lo sobrenatural parece haber desaparecido de la conciencia humana.

Sería natural suponer que Newman recomendaría al apologista cristiano aproximarse al postcristiano secularizado con el argumento a partir de la conciencia. Después de todo, en la *Gramática del asentimiento* él había llamado a la conciencia “el gran maestro interior de la religión”. Era el gran maestro por ser “un guía personal, y lo uso porque debe usarlo yo mismo”, y porque entonces está “más cerca de mí que cualquier otro medio de conocimiento”. Y si él tuviera que “probar el Ser de un Dios”, sería en la conciencia donde “buscaría una prueba”.

En cuanto a la multitud de percepciones intuitivas...de algo que está más allá de los sentidos, generalizamos la noción de un mundo exterior, y luego pintamos ese mundo de acuerdo a esos fenómenos particulares desde los que hemos partido, de modo que desde el poder perceptivo que identifica las insinuaciones de la conciencia con las reverberaciones o ecos (por decir así) de una admonición externa, seguimos adelante con la noción de un Supremo Gobernante y Juez, y después nuevamente le imaginamos a Él y sus atributos en aquellas recurrentes insinuaciones, de las cuales, como fenómenos mentales, obtuvimos originalmente el reconocimiento de Su existencia.³⁵

De modo similar, Newman reconoce en la *Apologia* que “si no fuera por esta voz que ha-

33 Prepos. 45, 55, 180, 343, 346.

34 CS 121, 123.

35 GA 251, 72.

bla claramente en mi conciencia y mi corazón, yo sería ateo, panteísta o politeísta, cuando miro el mundo”.³⁶

Es pues digno de señalar que en la única obra donde Newman describe una conversión al cristianismo, la conciencia no juegue ningún papel en absoluto. La heroína de su novela *Callista* es una griega pagana o más bien postpagana, una joven que con su hermano Ariosto ha llegado a Sicca en el norte de África, para trabajar como artistas para un mercader llamado Jucundus, que está “calurosamente sujeto al paganismo reinante”, y que “maneja un próspero comercio de ídolos, grandes y pequeños, amuletos, y cosas por el estilo”. Sin embargo, ninguno de los hermanos tenía una “sujeción especial” al paganismo o cualquier otra religión. Por cierto, Callista parece muy similar al típico victoriano que ha perdido su fe. En Grecia ella había dado culto a Apolo, el dios de la luz y del sol: “En mi hogar solía permanecer despierta por la noche ansiando el amanecer, y clamando al dios del día. Era para mí como elegir el vino, una copa de Chian, los primeros rayos de la aurora, y difícilmente podía soportar la llegada de su brillo, cuando venía a mí como Semele para el rapto. ¡Qué gloriosamente pasaba sobre los montes! Y luego descansaba un momento sobre la cima nevada del Olimpo, como en algún santuario luminoso, regocijando la llanura frigia. ¡Bello Dios de cabellos dorados! a ti te rindo culto, si es que Callista rinde alguno, pero de algún modo ahora no doy culto a nadie. Estoy abatida.” Sintiendo “abatimiento en todas las cosas”,³⁷ Callista habría tenido algún conocimiento de lo que sintió Matthew Arnold cuando habló del “melancólico, largo, alejado rugido” del “Mar de la Fe”.³⁸

Callista tiene un pretendiente, Agellius, sobrino de Jucundus, que fue bautizado cuan-

do era niño. Ha conservado su fe pero no tiene oportunidad de practicarla apropiadamente porque virtualmente la Iglesia ha cesado de existir en Sicca. Callista ha tenido contacto con el cristianismo a través de un esclavo suya llamado Chione, que ejemplifica la importancia de lo que Newman llamaba “influencia personal” en la evangelización:³⁹ “Ella era distinta de cualquiera que yo haya visto antes o desde entonces; a ella no le importaba nada, pero no era malhumorada, impaciente o dura de corazón”. En vez de hacerle una oferta de matrimonio, Callista quiere que Agellius pueda contarle “más de esta fuerza extraña que mi naturaleza necesita, y que ella [Chione] me dijo que poseía”. Tan amargamente desilusionada está ella de que él le haya hecho el amor en vez de hablarle de su Dios que clama en su frustración: “Entonces la religión de Chione es un sueño...Yo había esperado que fuese realidad. Todas las cosas son vanidad nuevamente; yo había esperado que hubiese algo más que pudiese ver, pero no hay nada”. Ahora bien, un lector de la *Gramática del asentimiento* habría supuesto bien que Callista está sufriendo una angustia de conciencia, el sentido del pecado, y buscando un posible perdón del Dios de los cristianos. Pero de hecho la conciencia no es el asunto, sino algo bastante diferente: “Aquí estoy, una mujer que vive y respira, con un corazón desbordante, con afectos intensos, con un anhelo de algún objeto que pueda poseerme. No puedo existir sin algo en qué descansar. No puedo volver a ese estado triste y desamparado que los filósofos llaman sabiduría, y los moralistas llaman virtud...Debo tener algo para amar; el amor es mi vida...Tú me has devuelto a mí yo triste, sombrío...” El pobre Agellius, con retraso le asegura a Callista, que quiere escuchar acerca de su Dios y no acerca de su amor, que el Dios cristiano “satisface todo afecto del corazón”.⁴⁰

36 Apo. 216-17.

37 Call. 21, 95, 117-18.

38 ‘Dover Beach’, ll.21, 25.

39 Ver ‘La influencia personal como medio de propagar la Verdad’, US 75-98; cf. Apo. 47.

40 Call. 126, 130-3.

Cuando Callista encuentra al sacerdote Caecilius, en realidad san Cipriano, el obispo de Cartago, él la encara no con el argumento de la conciencia sino apelando a su imaginación. Luego de que ella objeta la doctrina cristiana del infierno, le pregunta si no es infeliz, y cuando ella reconoce que lo es él le sugiere que sólo será más infeliz cuanto más viva. Y le pide que imagine cómo se sentirá a medida que pasen los años: “Al cabo de doscientos años tú serías demasiado miserable incluso para que tu peor enemigo se regocije en ello”. De hecho, sin embargo, ella morirá: “Quizás me dirás que entonces dejarás de existir. No creo que pienses así. Puedo dar por sentado que piensas como yo, y como la multitud de los hombres, que vivirás aún, que serás aún tú. Serán aún el mismo ser, pero privado de esos apoyos, alivios y consuelos externos que, tal como son, gozas ahora. Serías tú misma, cerrada en ti misma”.

Caecilius argumenta luego que como “el alma siempre necesita objetos externos para descansar en ellos” y como “no tiene perspectiva semejante cuando deja esta escena visible”, entonces “no hay nada de irracional en la idea de un eterno Tártaro”, pues “el hambre y la sed, el roer del corazón” será “tan agudo y penetrante como una llama”. Habiendo contestado la objeción de Callista a la idea del infierno, explicando que consiste precisamente en el tipo de auto-encierro del que ella busca escapar, del mismo modo desafía su imaginación para responder sobre el cristianismo, que él le presenta, justamente, como la oferta de liberación de la prisión del yo: “...si tú tienes necesidades, deseos, metas, aspiraciones, todo lo que demanda un Objeto, e implica por su misma existencia que ese Objeto exista también, y si nada aquí satisface esos deseos, y si hay un mensaje que dice venir desde ese Objeto, del cual tu tiene ya el presentimiento, y te enseña acerca de Él, y trae el remedio que implorar, y si aquellos que prueban ese remedio dicen a una voz que el remedio responde, ¿no tienes, Callista, que buscar al menos ese camino...?”

Al serle pedido este salto imaginativo, Callista quiere saber qué es este “remedio”, este “Objeto”, este “amor”. Y Caecilius le da lo que Newman presumiblemente pensaba que era la mejor apologética para seglares contraria al hombre pagano, una respuesta al sentido de incumplimiento y deseo de felicidad del hombre del hombre seglar: “Cada hombre está en ese estado que tú dices que es el tuyo. No tenemos amor hacia Aquel que es el único que perdura. Amamos aquellas cosas que no perduran, sino que terminan. Siendo así las cosas, Aquel a quien deberíamos amor ha determinado reconquistarnos. Con este objetivo Ha entrado en Su propio mundo con nuestra forma humana. Y en esa forma humana Él abre Sus brazos y nos solicita que regresemos a Él, nuestro Creador. Este es nuestro Culto, este es nuestro Amor, Callista”. Y entonces Callista se da cuenta que, si esto es verdad, su propia “idea del Primero y del único Bello”, que había aprendido de la filosofía griega, ha venido a estar “encarnado en una sustancia”, el Verbo se ha hecho carne.⁴¹

La imagen de un Dios que ha llegado en forma humana a su propio mundo para reconquistarnos, penetra profundamente en la imaginación de Callista. Es esta “imagen” que Napoleón, a quien cita Newman en la *Gramática del asentimiento*, reconoció como una “realidad”: “Él vive aún, vive como un enérgico pensamiento vivo de sucesivas generaciones, como el tremendo y poderoso motivo de mil grandes acontecimientos”.⁴² Por cierto, a medida que pasaba el tiempo, cuanto más Callista “pensaba sobre lo que escuchaba del cristianismo, más le atraía, y cuanto más lo aprobaba con toda su alma, más parecía responder a todas sus necesidades y aspiraciones, y más íntimo era su presentimiento de que era verdad”. Cuanto más pensaba en él, “tan distinto a la mitología o filosofía de su país o a la religión política de Roma, más parecía tener una realidad

41 Call. 217- 22.

42 GA 315.

externa y una sustancia, que quitaba poder a las objeciones y mostraba que eran, como mucho, sólo dificultades y perplejidades”. Lo que le impresionaba era que los tres cristianos que había encontrado, Chione, Agellius y Caecilius, “habían hecho consistir el cristianismo en la íntima Divina Presencia en el corazón”. Era la amistad o el mutuo amor de una persona hacia otra. Aquí estaba la misma enseñanza que demandaba ya con urgencia tanto su razón como su corazón, y que ella no encontraba por ninguna parte, pero que era la misma que encontró existiendo en una mujer esclava, en un joven campesino, y en un sacerdote ilustrado.⁴³

La conciencia, por tanto, no es mencionada en absoluto en el primer paso de la conversión de Callista. Sólo cuando ella ha llegado a estar totalmente convencida de la existencia de un Dios personal, declara frente a su hermano consternado: “Siento a Dios dentro de mi corazón. Me siento en Su presencia. Él me dice ‘Haz esto, no hagas aquello’. Me podrás decir que este mandato es una mera ley de mi naturaleza, como lo es alegrarse o dolerse. No lo puedo entender así. No, es el eco de una persona que me está hablando. Nada me persuadirá de que no procede en última instancia de una persona que me habla. Nada me persuadirá de que no procede en última instancia de una persona externa. Lleva consigo la prueba de su origen divino. Mi naturaleza siente hacia ello como siente hacia una persona. Cuando le obedezco siento satisfacción, cuando le desobedezco siento dolor, lo mismo que siento al agradar u ofender a algún amigo venerado”. El “eco” que ella escucha “implica una voz; la voz alguien que habla. Yo amo y temo a ese que habla”.⁴⁴

Presumiblemente, cuando Newman escribió en la *Gramática del asentimiento* que él probaría la existencia de Dios en base a la conciencia,

estaba hablando de una prueba filosófica. Pero en una situación de vida real como la que pinta en una novela, la conciencia no juega ningún papel perceptible en primer lugar. Aquí no son cruciales los dictados de la conciencia, sino las necesidades del corazón. Caecilius no mira a “los fenómenos de la conciencia...para impresionar la imaginación [de Callista] con la pintura de un Supremo Gobernador”. En vez de eso, la “imagen ‘de Cristo que Caecilius imprimió en la imaginación de Callista es ‘la Imagen de Aquel que llena la única gran necesidad de la naturaleza humana, el Sanador de sus heridas, el Médico del alma, es la Imagen que a la vez crea la fe y luego la recompensa’”.⁴⁵ Por tanto, Newman con puede ser criticado por “concentrar sus energías tan exclusivamente en uno de los aspectos de nuestra experiencia, de nuestro conocimiento de la obligación moral”, por “una concentración unilateral en la experiencia moral, es decir, en ‘nuestra experiencia de conciencia’”.⁴⁶

Sin embargo, la conversión de Callista al cristianismo no está del todo completa. La imagen de Cristo necesita ser aún clarificada en su imaginación. Y esto significa para Newman el encuentro de la figura de Cristo en los evangelios. Ella necesita tener “impresa” en su imaginación “la vida de nuestro Señor y Salvador como la dan los evangelistas”. Newman señala que “un argumento puede desbordar un mero asentimiento de la razón, pero no una fe fundada en un amor personal por el Objeto de la fe”.⁴⁷ El segundo paso de su conversión tiene lugar cuando ella lee una copia manuscrita del evangelio de San Lucas que Caecilius le había confiado, recordando que él había dicho: “Aquí verás a quién amamos”.

Aquí estaba aquello hacia lo que tendía su intelecto, aunque no lo podía expresar. Podía

45 GA 76, 298-9.

46 Aidan Nichols, OP, *A Grammar of Consent: The Existence of God in Christian Tradition* (Edinburgh: T & T Clark, 1991), 1, 19, 35.

47 LD xxvi. 87.

43 Call. 292-3.

44 Call. 314-15.

aprobar y reconocer, cuando lo tenía delante, lo que no podía originar. Aquí estaba Aquel que le hablaba en su conciencia, cuya Voz ella escuchaba, cuya Persona estaba buscando... Esa imagen penetró profundamente en ella, y sintió que era una realidad.⁴⁸

Como vimos al comienzo, las tres obras de Newman que cualquier historia de la apologética señalarían naturalmente son el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, la *Apología pro vita sua*, y la *Gramática del asentimiento*. Estas son esencialmente obras de apologética intelectual, que presentan argumentos de naturaleza filosófica y teológica. Sin embargo, incluso en estas obras no está enteramente excluido el elemento de la imaginación. En la *Apología*, como hemos visto, Newman reconoce el efecto imaginativo en él de su visita a Italia en 1833. Incluso en la austeramente filosófica *Gramática del asentimiento*, atribuye la expansión del cristianismo a la “Imagen” de Cristo “impresa... en las mentes de Sus súbditos individualmente”, una Imagen que “aprehendida y adorada en las mentes individuales, llega a ser un principio de asociación, y un vínculo de aquellos súbditos entre sí, que están unidos así al cuerpo al estar unido a esa Imagen”. Y “esa Imagen, que es la vida moral de ellos, cuando ya se han convertido, es también el instrumento original de su conversión”. Esta “Imagen central”, insiste Newman, la que es “idea vivificante tanto del cuerpo cristiano como de los individuos en él”.⁴⁹ También en el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, una obra de teología histórica, encontramos un poderoso elemento de apologética imaginativa cuando Newman desafía la imaginación de sus lectores a negar que “la actual comunión romana es la aproximación más cercana de hecho a la Iglesia de los Padres”: “Si san Atanasio o san Ambrosio volvieran de repente a la vida, no cabe duda cuál comunión harían suya. Segu-

ramente todos estaremos de acuerdo en que estos Padres... se encontrarían más en su hogar con hombres tales como san Bernardo o de san Ignacio de Loyola, en la vivienda de un sacerdote solitario, en un convento de hermanas de caridad, o en medio de una muchedumbre iletrada que ora ante el altar, que con los maestros o los miembros de cualquier otro credo”.⁵⁰

En sus dos novelas por un lado y en *Dificultades de los anglicanos* y *La actual posición de los católicos*, por otro, Newman como apologeta, se basa fuertemente y casi exclusivamente en la imaginación. Después de satirizar las incongruencias intelectuales y la irrealidad de varias personalidades anglicanas en *Perder y ganar*, Newman lleva a sus lectores a una iglesia católica para experimentar la realidad del culto católico, una experiencia imaginativa claramente diseñada para imprimir en sus imaginaciones la diferencia entre una religión real de una irreal. En *Dificultades de los anglicanos* previene a los anglocatólicos contra el mal uso de la imaginación cuando no está guiada por la razón. Pero el mal uso no desecha el uso, y él explica qué importante papel había jugado la imaginación en su propia conversión a Roma. Las analogías con las que presiona la imaginación de sus lectores anglocatólicos son nada en comparación con las analogías que amontona en *La actual posición de los católicos*, donde se debe encontrar la más vívida imaginería de todos sus escritos, al emplear tácticas impresionantes en su intento de borrar la mancha anticatólica de la imaginación protestante inglesa. Y finalmente en *Callista*, Newman abandona prácticamente su argumento apologetico más famoso para la existencia de Dios, apelando directamente a la imaginación de la heroína, a su necesidad de liberarse del autoencierro, una liberación que ella sólo puede encontrar en la imagen de un Dios encarnado. ●—

48 Call. 317, 326.

49 GA 298-9.

50 Dev. 97-8.

“Cor ad cor loquitur”: La nueva evangelización

FERNANDO M. CAVALLER

En mi artículo *Cor ad Cor Loquitur*, el lema cardenalicio de Newman, al que remito,¹ después de rastrear su origen, traté de sintetizar los distintos aspectos que pueden descubrirse en el mismo: teológico-bíblico, orante, apostólico, eclesial y pastoral. Todo ello estaba referido, por supuesto, al pensamiento y a la vida de Newman, y desde allí a lo que él mismo enseñaba a los católicos de su tiempo, especialmente a los laicos. Él vivió realmente este lema, y por eso es que pudo resumir en él, a los 78 años, toda su experiencia creyente y sacerdotal.

A medida que volvemos a estas simples palabras, *el corazón habla al corazón*, captamos mejor su enorme profundidad. La garantía primordial de que estén basadas en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia, de que hayan sido inspiradoras de grandes doctores de la Iglesia como san Agustín y san Francisco de Sales, y de que podamos descubrir en ellas un modo auténtico de comprender la relación orante del hombre con Dios, de los hombres entre sí, del misterio de la Iglesia, y de la actividad pastoral y apostólica en la misma, estimula para seguir pensando en esta frase singular.

Reflexionemos un poco más acerca de su aplicación a esa actividad propia de la Iglesia que surge de origen apostólico. *Cor ad Cor Loquitur* es una clave apropiada para caracterizar todo lo que llamamos apostolado, sea el laical, o el referido a la vida pastoral de los sacerdotes, o el propio de la vida consagrada en sus distintas formas.

Por otro lado, la palabra *evangelización*, y su verbo correspondiente *evangelizar*, ha venido a ser desde hace tiempo, en el Magisterio de la Iglesia, el modo de hablar sobre el apostolado. A esto se agregó, más tarde, la expresión *nueva evangelización*, para referirse, no a su contenido que es inalterable, pero sí a su forma y a un impulso renovado, que la situación del mundo actual requiere.²

Pero además, también desde el Magisterio y las intervenciones de los últimos papas, la expresión ha sido empleada no sólo pensando en los no cristianos, sino también en los bautizados. A esto responden muchas publicaciones recientes como el libro de Scott Hahn *Evangelizando católicos. Un manual misionero para la Nueva Evangelización*.³ La descristianización de los países otra católicos es obvia, no solamente en el modo de vida que ya no es signo externo de la fe, sino en

2 En el Concilio Vaticano II el verbo “evangelizar” aparece 18 veces y la palabra “evangelización” 31 veces. Pablo VI cambió el nombre de la Congregación para la Propagación de la fe (Propaganda Fide) por la de Congregación para la Evangelización de los pueblos, y en 1974 publicó la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*. Juan Pablo II llamó a una “nueva evangelización” para el tercer milenio ya en 1979, en su primer viaje a Polonia, y en 1983 habló en Haití ante el Celam del llamado “no a re-evangelizar sino a una Nueva Evangelización, nueva en su ardor, métodos y expresión”. En 1990 escribió la encíclica *Redemptoris Missio*, considerando esa década como el advenimiento de la Nueva Evangelización del tercer milenio cristiano. La promulgación del *Catecismo de la Iglesia Católica* en 1992 fue un nuevo paso en este sentido, como instrumento primario de evangelización. Benedicto XVI prosiguió con insistencia sobre el tema, y convocó para el 2012 el 13er. Sínodo de Obispos sobre “La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana”, creando ese mismo año el nuevo “Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización”.

3 *Evangelizing Catholics. A Mission Manual for the New Evangelization*. St. Paul Center, 2014.

1 NEWMANIANA n° 61, noviembre de 2013.

el mismo conocimiento de la fe, porque la ignorancia religiosa ha ido en aumento. Ha venido a ser palpable aquel dicho: si no se vive como se piensa se termina pensando tal cual se vive. Por tanto, se ve con claridad que es necesaria una nueva conversión, hacia la fe y hacia una vida coherente con la misma. Que el papa Benedicto XVI haya establecido en 2012 un nuevo dicasterio romano para la nueva evangelización de Europa y haya llamado a un Año de la Fe, fue un signo de la urgencia que siente la Iglesia ante este nuevo estado de cosas, que, aunque tiene sus raíces en la historia de los últimos tres siglos, se ha hecho manifiesto con gran rapidez en las últimas décadas, con una velocidad similar a la de la ley de gravedad.

La tarea que esta situación exige, la *nueva evangelización*, es una misión de toda la Iglesia y es para toda la vida, es decir, brota de la condición misma de cada bautizado. Ser testigo de Cristo no es un añadido a su identidad sino una exigencia esencial a la misma. Así como la Iglesia es esencialmente misionera por fundación, cada uno de sus miembros lo es: “Id, pues, y haced discípulos míos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he mandado. Y he aquí que Yo estoy con vosotros, todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 19). La realidad es que cuando se conoce a Jesús brota de suyo el deseo de transmitirlo a otros.

La obra es inmensa, porque supone que hay que hacer despertar del letargo a quienes ya han conocido la Verdad y la han abandonado, en parte o totalmente. No se trata del anuncio a un mundo pagano, como fue el de los inicios de la vida de la Iglesia, sino a un mundo neopagano, o como algunos quieren llamarlo, postcristiano. Se trata de una pérdida de identidad, que en no poca medida está causada por el relativismo vigente en la cultura occidental, que termina por ser también un relativismo religioso. Como dice Hahn, “cuando los católicos salimos de nuestras casas y parroquias, sentimos la diferencia. Nos golpea en la cara como una ráfaga de aire frío. La cultura se ha vuelto tóxica, y la brecha en-

tre cómo la Iglesia nos llama a vivir y cómo lo hace la cultura ha crecido tanto que no podemos cruzarla”.⁴ Se trata, en definitiva, de una *nueva evangelización* de la cultura en todas sus manifestaciones. Es decir, una evangelización “católica”, en el sentido de “universal”.

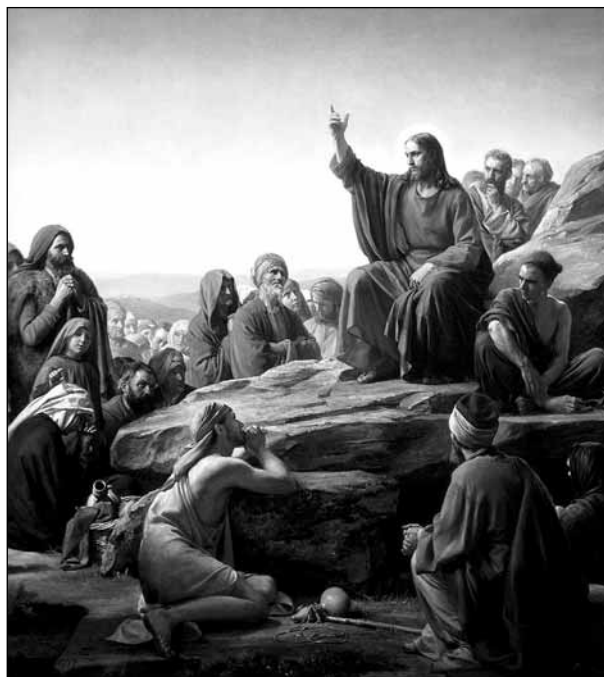
Precisamente por esto, Newman tiene vigencia, ya que sigue siendo un testigo calificado de la Verdad revelada por Dios y transmitida por la Iglesia, en todos los órdenes de la vida humana. Vio los comienzos de esta crisis, y es un referente y guía no sólo en cuanto al contenido de esa Verdad, sino en cuanto al modo de transmitirla.

Bastaría recordar su célebre sermón universitario, tantas veces citado en estas páginas, *La influencia personal como medio de propagar la Verdad*,⁵ predicado en el inicio de aquel Movimiento de Oxford que él lideró para reformar su Iglesia anglicana, para pensar que ahí sigue estando la clave para un movimiento actual que pretenda renovar nuestra Iglesia católica, en aquellos sectores que han perdido la vitalidad propia de la fe. El anuncio de esta fe, es decir, del Evangelio de Jesucristo, fue desde su origen, comenzando por el mismo Jesús, una transmisión de persona a persona. Esto no significa hoy desmerecer la ayuda de los medios masivos de comunicación, pero la influencia profunda se produce siempre *Cor ad Cor*. El lema expresa ese personalismo que Newman no sólo enseñaba sino que practicaba al enseñarlo y en todos los momentos de su vida de relación. Sus más de 20.000 cartas lo muestran de forma palpable, sus más de 600 sermones están concebidos del mismo modo, y por eso hoy, un siglo y medio después, nos llegan al corazón. Newman no hablaba a paganos sino a cristianos en proceso de secularización. Intentaba conmover lo más interior del hombre. Estaba convencido de que *el rechazo del cristianismo brota de una falta del corazón, no del intelecto*,⁶ de que *las personas nos influyen, las voces nos hacen derretir, las miradas nos subyugan*,

4 Idem, p.

5 OUS, 146.

6 LD I, 214,219.



El sermón del monte, Carl Bloch, pintor danés.

*los hechos nos inflaman,*⁷ de que *el atractivo de la santidad humilde tiene un carácter de irresistible urgencia,*⁸ de que la fe asiente *no porque vea con los ojos o con la razón, sino porque recibe las nuevas de uno que viene de Dios.*⁹ Precisamente, la crisis general de hoy parece tener su núcleo en una falta de relación personal con Dios.

Por supuesto, esta tarea “cordial”, de restauración del “corazón cristiano”, pide llevar una vida que haga creíble las palabras, que serán siempre necesarias. Newman nos ayuda, en primer lugar, a acercar nuestro propio corazón al de Cristo, y a vivir en esta unión mística. Y luego llama, de modo particular a los laicos, a dar testimonio de Cristo en el mundo, de llevarlo a los que están sumergidos en esa cultura secularista y relativista. Esta tarea “cordial” entre corazones tiene un núcleo que es el mismo Jesucristo: Él es *el corazón de la evangelización*.

Desde el origen de la Iglesia, el anuncio primero y esencial (lo que se llamaba *kerigma*) era la persona misma de Jesús. El foco de la *nueva evangelización* no puede ser otro que Jesús mismo. Todo diálogo con el mundo tiene que incluir al Señor. A fin de cuentas es Él quien quiere y busca ser conocido y amado, y asocia a todos los cristianos a esta finalidad. Cuánto más, si ahora es necesario ir a buscar a los que se han ido o apartado del hogar.

La Iglesia como “hogar” fue una manera habitual de Newman para hablar de ella, para hacer ver la necesidad de estar allí, de volver siempre a él. Su conversión fue esto mismo: encontró el verdadero hogar en la Iglesia Católica. La tarea de hacer volver al hogar a los hijos pródigos de hoy, es sin duda, una obra *cor ad cor*, de gran paciencia, como la de la parábola del evangelio. Pero la certeza de esa paciencia, que es activa, está fundada, por un lado en el amor mismo del Corazón de Jesús que busca a la oveja perdida sin desánimo, y por otro en el hecho de que el corazón humano está creado para Dios, y busca aún en el desánimo salir de la miseria y la orfandad. La *nueva evangelización*, concebida *cor ad cor*, es una obra que trata con realidades ya existentes que no cambian en su esencia: el Corazón de Dios y el corazón humano. El *nuevo evangelizador* habla *de corazón* en nombre de Jesús y se dirige a corazones que Él ha creado y redimido. No inventa nada. Simplemente ama como Él nos ha amado. Y esto sucede siempre con sabor de hogar, como una invitación a participar de la vida de familia de los hijos de Dios. Lo que es verdadero del amor humano es aún más verdadero del amor divino.

Por eso también, las familias tienen hoy un papel insustituible, no sólo respecto a sus propios miembros, sino como *evangelizadoras* de otras familias y personas, de toda la sociedad. En el primer milenio, el testimonio de *las familias cristianas*, en el curso ordinario de la vida, convirtió incontables paganos. Las familias, y por supuesto el matrimonio fiel de los esposos, no son sólo objeto sino sujeto de la nueva evangelización. Nuevamente aquí puede aplicarse todo lo

7 GA, 107

8 OUS, 146.

9 Mix, X, p. 192 ss.

dicho por Newman a los laicos, que actúan directamente en el mundo, y están todos los días en lugares donde los sacerdotes y religiosos no pueden llegar de modo permanente: los propios hogares, el trabajo, las amistades, etc. Y ciertamente, los miembros de cualquier familia, y también de un grupo de amigos, saben lo que es vivir *cor ad cor*. Evangelizar según esta lógica de comportamiento no requiere ningún entrenamiento previo: significa simplemente vivir y amar como católicos auténticos. El testimonio surge solo.

Para el ámbito de los colegios y universidades, no es una novedad hablar de “educación personalizada”, y la experiencia misma muestra que no existe otra forma posible que pueda esperar algún fruto en la mente y el corazón de los niños y jóvenes. ¿Qué otra cosa fue el “diálogo socrático” desde la Antigüedad? ¿Cómo se enseñan las artes? ¿Qué significó la presencia de “tutores” desde la misma creación de las universidades en la Edad Media? ¿A quiénes nos referimos cuando hablamos de “maestros”? Newman tiene mucho para decirnos desde su experiencia docente. En su obra sobre la historia de las universidades dice, que el principio de una universidad, *su gran instrumento, o más bien órgano, ha sido siempre eso que prescribe la naturaleza en toda educación, la influencia personal de un maestro, o, en lenguaje teológico, la tradición oral. Es la viva voz, la forma de respirar, la expresión del rostro, la que predica y catequiza. La Verdad, espíritu sutil, invisible y múltiple, es derramada en la mente del estudiante por sus ojos y oídos, a través de sus afectos, imaginación y razón; es derramada en su mente y sellada para siempre, exponiéndola y repitiéndola, preguntando y repreguntando, corrigiendo y explicando, desarrollándola y luego recurriendo a los primeros principios por todos estos caminos que están implicados en la palabra ‘catequizar’. En las primeras épocas, fue una labor de larga duración; meses, hasta años, eran empleados en la ardua tarea de desarraigar los errores paganos de la mente de los cristianos incipientes, y moldearla en base a la fe cristiana. Las Escrituras estaban a mano para el estudio de los que podían aprovechar de ellas, pero san Ireneo no vacila en ha-*

*blar de familias enteras que se han convertido al cristianismo sin haber podido leerlas.*¹⁰

Esto último avala lo que hemos dicho acerca de la vida familiar, pero nos hace recordar, finalmente, que fue el conocimiento y el amor hacia la Iglesia primitiva de los primeros siglos lo que le ayudó a Newman a encontrar el hogar definitivo. Por eso, nos enseña, también hoy en nuestra situación, que la *nueva evangelización* incluye la mirada grande de toda la historia de la Iglesia, que siempre estuvo evangelizando en situaciones muy variadas y extremas. La *novedad* en el ardor, en los métodos, en la expresión, tal como decía san Juan Pablo II, supone continuidad y no ruptura con el pasado, que es precisamente lo que ha hecho la cultura vigente, y entonces sí se puede comprender el presente y anticipar el futuro. El pensamiento de Newman acerca del “desarrollo” como característica de la vida de la Iglesia, es de gran valor para integrarlo a la *nueva evangelización*. El mismo corazón humano que se convierte, *no pierde lo que tenía sino que gana lo que no tenía.*¹¹ Aunque toda conversión supone ruptura con el pasado, sea el pecado o el error de concepción de la realidad, nunca es una destrucción sino una reconstrucción sobre cimientos definitivos, sobre la roca que es Cristo y Su Iglesia, sobre la Palabra de Dios y los sacramentos, es decir, sobre la Verdad plena.

Pidamos por intercesión del beato John Henry Newman la gracia de comenzar, o recomenzar con más vigor, esta *nueva evangelización* de los ya católicos y del mundo entero, según el contenido y el método del *Cor ad Cor loquitur*. Será el mejor modo de celebrar nuestros 25 años de “amistad con Newman”, de habernos acercado de corazón al corazón de un santo y sabio evangelizador. ●—

10 *Historical Sketches*, vol III, *Rise and Progress of Universities*, 1854, pp.14-15.

11 *Discussions and Arguments*, p.200.

POESÍA

The Greek Fathers

*Let heathen sing thy heathen praise,
Fall'n Greece! the thought of holier days
In my sad heart abides;
For sons of thine in Truth's first hour
Were tongues and weapons of His power
Born of the Spirit's fiery shower,
Our fathers and our guides.*



San Atanasio

*All thine is Clement's varied page;
And Dionysius, ruler sage,
In days of doubt and pain;
And Origen with eagle eye;
And saintly Basil's purpose high
To smite imperial heresy,
And cleanse the Altar's stain.*



San Gregorio Nacianceno.

TRADUCCIÓN
JORGE FERRO

*From thee the glorious preacher came,
With soul of zeal and lips of flame,
A court's stern martyr-guest;
And thine, O inexhaustive race!
Was Nazianzen's heaven-taught grace;
And royal-hearted Athanase,
With Paul's own mantle blest. ●—*

December 28, 1832.



Orígenes

San Dionisio Aeropagita.



LOS PADRES GRIEGOS

*¡Canten los paganos tu pagana alabanza,
Grecia caída! Entristecido
mi corazón se demora en pensamientos
de días más santos.
Pues hijos tuyos fueron lenguas y armas
de la Verdad en su primera hora,
nacidos del Espíritu en su ardiente
vendaval, para hacerse nuestros padres,
nuestros guías.*

*Toda tuya es la página tan rica
de Clemente, y tuyo el sabio
Dionisio, el timonel seguro
en los días del dolor y de la duda.
Y tuyo el ojo de águila de Orígenes,
y el alto y santo designio de Basilio
de golpear la herejía del Imperio,
y de limpiar de manchas el altar.*

*Vino de ti aquel orador glorioso
celo en el alma y llamas en los labios,
severo huésped mártir de la corte.
Y fue tuya, oh raza inagotable,
la Gracia celestial del Nacianceno.
Y el corazón real de tu Atanasio
fue también tuyo, con el propio
manto de Pablo bendecido.●—*

San Basilio



Newman a Mozley (II)

En el número anterior de NEWMANIANA -63-, tradujimos la última de las cartas de 1875 de Newman en respuesta a las inquietudes religiosas de su sobrino John Mozley. Fueron cinco las enviadas y otras tantas las de contestación. Nos ha parecido interesante y oportuno completar aquel diálogo con algunos párrafos de cartas anteriores del mismo año, todas respondiendo sobre el mismo tema. El propio Mozley al publicar la serie en 1899, tras la muerte del Cardenal, lo resume así: “Yo había preguntado si la conducta real de la Iglesia visible -la Iglesia de Roma en este caso- había estado de acuerdo con el espíritu de moralidad y bondad que debiera marcar un ejemplo divino y un maestro divino. Yo apuntaba a hechos en la historia de la Iglesia que me parecían síntomas de un modo de ser defectuoso...” (LD, vol.XXVII, nota p.259)

El Oratorio, abril 8, 1875

Mi querido John,

Tú abres un tema demasiado amplio para ser tratado en una carta, pero podré tomar hoy un cierto camino para entrar en él.

[...] Primero, he de admitir que adopto ciertos primeros principios como puntos de partida desde los cuales proceden mis convicciones, y no veo cómo alguien pueda arribar a alguna convicción sin hacer ello. Yo asumo que hay un Dios, a quien nosotros mismos podemos aceptar (asentir) y ante quien somos responsables. Por otro lado, de hecho y por experiencia, veo que hay grandes dificultades para admitir este primer principio; pero sin embargo no son tantas como para conseguir eliminar de mi mente su supremacía. La mayor dificultad en el Teísmo es la existencia del mal: no puedo superarla; me veo obligado a abandonar esto confesando que es demasiado para mí y, apelando a argumentar por ignorancia, o, en otras palabras, con la evasión o excusa, no muy satisfactoria, de que carecemos aquí de medios para contestar a una objeción que, sin embargo, aunque supiéramos más, difícilmente alcanzaríamos a contestar: que podemos al menos hacer hipótesis para ayudar la dificultad, y que, aunque todas las que podamos hacer sean erróneas, aún así abren una posibilidad y una probabili-

dad de otras hipótesis, hasta ahora desconocidas, una de las cuales pudiera ser la verdadera explicación.

Cuando llegué al Cristianismo, descubrí que no había eliminado esta gran dificultad, al contrario, la reconocía plenamente. Tal coincidencia fue para mí un argumento a favor del Cristianismo. Si el Teísmo es verdadero, obra la analogía (en cuanto el mal). Y, por más que todavía el Teísmo no hubiera sido probado como verdadero, aún así, el hecho de la coincidencia de alguna manera ha de apuntarse a favor de los dos sistemas, suponiendo que la coincidencia (acerca del mal) sea independiente en ambos casos, salvo que los Teístas y los Cristianos hayan tomado prestados, uno de otro, el reconocimiento y la no-explicación del hecho del mal.

La muerte de nuestro Señor para destruir el mal constituye la más tremenda y espantosa confesión de su existencia y de su poder que pueda concebirse.

A partir de esta doctrina central del Evangelio, la Expiación, pueden sacarse dos conclusiones contrarias. La primera es que desde el momento de la muerte del Señor en la Cruz todo el mal fue aniquilado; o bien que, puesto que Él no lo destruyó instantáneamente en Su propia Persona, no cabe extrañarse si le toma tiempo destruirlo en el mundo y en Su Iglesia. La primera de las dos conclusiones resulta quizás más natural; empero, el intervalo de sombra y tristeza que abrumó a quienes lo acompañaron en Su muerte, y todavía más sus historias, contenidas en los Actos de los Apóstoles, bastan para demostrar que no es ésta la conclusión válida.

Confieso, pues, que sería natural y razonable imaginar que una aniquilación del pecado y un período milenario comenzase con el Sacrificio de nuestro Señor; pero, a menos de deshilar nuestras convicciones hasta llegar a no creer en nada, debo desechar este pensamiento y admitir, al contrario, la segunda conclusión, a saber, de que el pecado va siendo extirpado de este mundo y de la Iglesia muy lentamente [...]

Admito, pues, la existencia de esta corriente de mal que a ti te choca en la Iglesia visible; pero para mí, si esto tocara mortalmente mi fe en la divinidad del Catolicismo, tocaría, por pareja razón, mi fe en la existencia de un Dios Personal, Gobernante Moral. La gran cuestión para mí es, no qué mal haya quedado en la Iglesia, sino qué bienes haya energizado y obrado eficazmente en ella, dejando su marca allí para toda la eternidad. Es suficiente para la Iglesia el que su tarea ha logrado bienes positivos, aunque no haya destruido el mal hasta el punto de haberlo suplantado por el bien.

[...] En cuanto a las virtudes de los católicos, estuve leyendo hace poco las siguientes palabras de Lord Russell¹, testigo imparcial, en su Ensayo sobre la Re-

¹ Newman tomó el pasaje de una recensión hecha en la revista "The Guardian" del 24/3/1875, sobre "Ensayos sobre la historia de la Religión Cristiana" de John Earl Russell, London, 1875.

ligión Cristiana: “Hay entre los Católicos Romanos, en sus relaciones recíprocas, una pura esencia de afecto que no aparece en los escritos morales de Grecia y Roma. Los católicos romanos que nunca incurrieron o cedieron a los vicios o desvíos juveniles, son humildes, afectuosos, compasivos, llenos de buenas obras, amables para con toda clase de compañeros, siempre dispuestos a decir “El Señor se apiade de mí, que soy pecador”, listos para dar a los necesitados, dispuestos a perdonar ofensas a los demás, y arrodillados ante su Hacedor con humilde devoción”.

[...] Llevaría mucho tiempo, pero sería fácil mostrar cómo el Cristianismo elevó el nivel general en lo moral, temple y costumbres de la sociedad humana; y debe recordarse que durante 1500 años Cristianismo y Catolicismo son históricamente idénticos, una sola cosa². El cuidado y la elevación de las clases inferiores, tomando partido por los débiles contra los poderosos, la abolición de la esclavitud, los hospitales, el rescate de cautivos, la educación de los niños, la agricultura, la literatura, el cultivo de las virtudes de piedad, devoción, justicia, caridad, castidad, afectos familiares, todas estas cosas son monumentos históricos de la influencia y la enseñanza de la Iglesia. Acude tú a los historiadores no católicos, a Gibbon, Voigt, Hurter, Guizot, Ranke, Waddington, Bowden, Milman, y descubrirás que ellos coinciden en sus alabanzas, como en sus acusaciones, a la Iglesia Católica. Guizot dice que la Cristiandad no hubiese suplantado a la barbarie, a no ser por la Iglesia. Milman dice casi lo mismo. Neander canta las alabanzas de los monjes³. Hurter se convirtió a raíz de sus investigaciones históricas. Bowden demuestra vívidamente cómo la causa de Hildebrando⁴ era la causa de la religión y la moral. Si en la larga línea de Papas, los hubo tanto buenos como malos, no te olvides de esa larga sucesión, continua y densa, de hombres santos y heroicos, vasallos de los Papas, y muchos de ellos sus más leales y serviciales en muchas variadas obras, algunos de ellos también Papas, como Patricio, León, Gregorio, Agustín, Bonifacio, Columbano, Alfredo, Wulstan, la Reina Margarita de Escocia, Luis IX⁵, Vicente Ferrer, Las Casas, Toribio, Xavier, Vicente de Paul, todos los cuales, entre otros muchos, en sus días fueron la vida de la religión.

[...]

El Oratorio, Abril 4, 1875

2 Hasta la ruptura del protestantismo a partir de Lutero -1517. (nota de la traductora) .

3 Johann August Wilhelm Neander, un judío que se hizo protestante en 1806, y fue profesor de Teología en Berlín.

4 Gregorio VII, siglo XI (nota de la traductora).

5 Luis IX de Francia, es San Luis; Toribio, al lado de Las Casas, ha de ser San Toribio de Mogrovejo obispo de Lima que promovió los concilios para la mejor evangelización. (nota de la traductora).

[...] En lo que te escribí el otro día dije que era de esperar que haya bien y mal en la Iglesia Católica [...] Ahora vuelvo a admitir que hay mal en la Iglesia, pero no como un mal que brote de la enseñanza o sistema de la Iglesia, sino, como un mal tal como predijo el Señor a los Apóstoles que habría: en la Iglesia pero no de ella. Él dijo: “Ha de ser necesario que advengan escándalos”; “Muchos son los llamados, pocos los elegidos”; “el reino de los cielos es como una red que junta peces de todas clases”. A mí me parece que hombres buenos y buenas obras, tal como los hallamos en la historia de la Iglesia, son el producto legítimo de la enseñanza de la Iglesia, mientras que otros hechos malos que se cuentan, si son como los cuentan, proceden de una enseñanza distinta de la profesada por la Iglesia.

[...] En cuanto al estado de la Europa Católica durante las últimas tres centurias, empiezo por admitir o insistir que la Iglesia ha soportado una severa pérdida, así como las mismas naciones de Inglaterra y Alemania por quedar eliminadas de ella [...] Partes influyentes de las razas latinas podrían decaer, y si los Papas fueran elegidos entre otras nacionalidades, otras ideas circularían entre nosotros y ganarían influencia.

En cuanto a la incredulidad de Francia. Italia y España, admito que se deba a una serie de factores; sin embargo creo que Inglaterra, el país más fieramente Protestante de Europa, es la que comenzó la tradición de infidelidad en Europa con su escuela de Deístas en los siglos XVII y XVIII, y que Alemania, la tierra natal de la Reforma, era entonces la sede normal de la irreligión intelectual.

[...] Los Católicos ciertamente ahora están atrapados en una gran desventaja; pero [...], conociendo la grandeza de alma de su guía y el esplendor de sus dones⁶, no han de verse tentados por ninguna clase de desconfianza en cuanto a su éxito final, a pesar del desastre temporario. [...] Esto es lo que sentimos con respecto a los defectos y las humillaciones del Papado.

Ya ves que a lo largo (de lo expuesto) he cumplido con mi propósito de describir my propia visión de las dificultades del Catolicismo sobre las cuales tú te fijas, en lugar de encararlas a la manera de controversia. No son ni la prosperidad temporal, ni el éxito, ni el talento ni el renombre del Papado los que me han hecho Católico, y sus errores y desgracias no tienen poder para inquietarme. [...]

Me alegro de que me cuentes que has reconocido la verdad del poder de la oración. Ninguna otra cosa aclarará más nuestras dificultades religiosas.

Con afecto, tu John H. Newman

6 El papa Pío IX (nota de la traductora).

El Oratorio, Abril 21, 1975

[...] La Iglesia tiene dos partes, una humana y otra divina, y la realidad humana es pasible de error [...] No me cuesta suponer que haya Papas que han errado, o Concilios que han errado, o poblaciones que han errado, en aspectos humanos, pues, como dice San Pablo, “Llevamos este tesoro en vasijas de barro”, y está hablando de los propios Apóstoles. No hay nadie impecable, ni solo ni en grupo.

[...] Lo que yo sostengo es que (la Iglesia) ha realizado un incalculable número de bien, que ese bien es de una clase especial, que no pudo hacer ninguna otra comunidad [...] pues ese bien proviene de los principios que Ella confiesa, mientras que sus negligencias y omisiones provienen de haber descuidado o interrumpido tales principios. A la cuestión de si lo que hay de divino en la Iglesia ratifica lo que es humano y erróneo en ella, contesto: No [...]

[...] La Iglesia, considerada como un cuerpo político, siempre ha estado adelantada para su época; hasta el 1600 muchos podrían confirmarlo; empero, así como a los judíos se les permitió el divorcio para evitar en la práctica mayores males, así tampoco le fue posible a la Iglesia obrar según lo que en abstracto era mejor [...] En cuanto a las tres últimas centurias, la gran batalla de la Iglesia ha sido contra las variadas formas de error a las que el Protestantismo abrió las puertas. La obra de la Iglesia siempre ha chocado o ha sido obstaculizada por la oposición de religiones rivales. En la India, la obra iniciada por San Francisco Javier se ha visto detenida a causa de la variedad y discordancia de las sectas cristianas. En todo caso, si es una gran obra preservar el cristianismo en el mundo, esto es lo que ha hecho y sigue haciendo la Iglesia; y en este momento el cristianismo se estaría desvaneciendo y muriendo en todas sus variedades si llegara a suprimirse la Iglesia Católica.

[...] Tuyo con afecto, John Henry Newman

S.E.R. monseñor Carlos Galán, arzobispo de La Plata, presente en el Acto académico.



El padre Cavaller durante su exposición



Acto académico y Fundación de la Asociación Amigos de Newman en la Argentina 27 de septiembre de 1990



S.E.R. monseñor Antonio Quarracino,
arzobispo de Buenos Aires,
saludando a los asistentes. Más atrás, el
padre Jorge Schöeffer.

Parte del público
asistente al acto
académico.



S.E.R. monseñor Antonio Quarracino, arzobispo de Buenos Aires,
exponiendo sobre la importancia del pensamiento de John Henry
Newman en el acto académico durante las celebraciones del
Centenario de la muerte del cardenal inglés.



Pergamino conmemorativo de Fundación de la Asociación "Amigos de Newman en la Argentina" del 27 de septiembre de 1990.



De izquierda a derecha:
el padre Fernando
María Cavaller, S.E.R.
monseñor Antonio
Quarracino y la Dra.
Inés de Cassagne.



S.E.R. monseñor Antonio
Quarracino firma el pergamino
fundacional de la "Asociación
Amigos de Newman"

A Él no lo vemos, pero tenemos que creer que lo poseemos, que hemos sido conducidos por virtud de Su mano sanadora, de Su hálito de vida, del maná que brota de Sus labios, y de la sangre que sale de Su costado. Y en el futuro, al mirar atrás, seremos conscientes de que hemos sido favorecidos así.

Parochial and Plain Sermons, IV, 10 (1840)

